



¿Quién es mi padre?: perspectivas auto etnográficas sobre la adicción, la carga del cuidado y la violencia de género dentro de una familia bogotana

Laura Michaela Ardila Loaiza

**Universidad del Rosario
Escuela de Ciencias Humanas
Bogotá, Colombia
2021**

¿Quién es mi padre?: perspectivas auto etnográficas sobre la adicción, la carga del cuidado y la violencia de género dentro de una familia bogotana

Autor
Laura Michaela Ardila Loaiza

Tesis presentada como requisito para obtener el título de:
Antropóloga

Director
Bastien Bosa

**Escuela de Ciencias Humanas
Antropología
Universidad del Rosario
Bogotá, Colombia
2021**

Agradecimientos

Quiero empezar agradeciendo a mi familia por ser parte esencial en este proceso. Por darme la confianza necesaria para contarme sus anécdotas y secretos. Por acompañarme siempre, en cada logro y en cada dificultad. A Vladimir, por aceptar realizar este trabajo, por estar dispuesto a escucharme y responder cada una de mis preguntas, por compartir conmigo temas afines, como la literatura, las ciencias sociales y humanas. A mi mamá, a mi abuela y a mi tía, quiero decirles que las amo con todo mi corazón, que he aprendido de ellas, de su valentía y resiliencia. Mujeres poderosas que nunca han desistido, que se levantan día a día a enfrentar la vida y cumplir sus sueños.

A Bastien, por revelarme lo poderosas que son nuestras historias, por guiarme y acompañarme en este proceso, tanto académico como personal. Quiero agradecerle por transmitirme esa pasión por la antropología, especialmente, por el hecho de haberme permitido reconocer que existen otras formas de escribirla.

A Sebastián, mi amigo sociólogo, quien me sacudió en los momentos de crisis y bloqueos, quien me aconsejó para continuar escribiendo.

A Felipe, mi amor eterno. Gracias por ser tan leal, cariñoso y comprensivo.

Índice

<i>Introducción</i>	5
Metodología	9
Descripción de actores	12
<i>Capítulo 1</i>	17
Pertenecer y no pertenecer: fracturas sociales en la cotidianidad de un adicto .	17
<i>Capítulo 2</i>	44
“Él nunca ha sido mi padre y yo nunca he sido su hija”: hablemos de roles transgredidos y la carga del cuidado	44
<i>Reflexiones finales</i>	65
<i>Referencias</i>	71
<i>Bibliografía</i>	68
<i>Anexos</i>	74

Resumen

Este trabajo reconstruye las historias de vida cruzadas de cinco personas que convergen y se unen en torno a un mismo tema: la adicción de mi padre a distintos tipos de sustancias psicoactivas. Mi análisis se basa en los relatos de esas personas sobre sus vidas, sobre sus y mis recuerdos.

Aparte de cumplir el papel de investigadora, se resalta mi papel inherente en la situación como hija de Vladimir, siempre atravesada y tocada por una realidad social: su situación de consumo y las consecuencias de ello en el ámbito familiar.

Introducción

La relación con mi padre y su adicción a las sustancias psicoactivas ha estado cargada de emociones y pensamientos, de dolor, angustia, tristeza, rencor, alegría, admiración, paciencia y amor. Desde muy pequeña, recuerdo haber sentido un interés por los comportamientos de él. Me preguntaba constantemente *por qué era así, por qué actuaba de tal manera, por qué se comportaba como dos personas totalmente diferentes: una bajo los efectos de la droga y otra cuando estaba “limpio”*¹ o en sano juicio.

En este momento de mi vida, terminando el pregrado de antropología, quise analizar algunas de las experiencias que tuve durante mi niñez y adolescencia, utilizando, en la medida de lo posible, el conocimiento y las herramientas propias de mi disciplina. De este modo, este trabajo representa un intento para entender, a partir de nuevas miradas², algunas de las dinámicas que han afectado mi vida y las vidas de mis familiares. No ha sido fácil plasmar en estas hojas parte de mi historia de vida, entrelazada con otras

¹ En Alcohólicos Anónimos y otros grupos de ayuda mutua para el manejo de adicciones, se usa a menudo esta categoría para referirse a la capacidad de mantener el control y el equilibrio en la vida en general. Algunos sinónimos de sobrio, referidos especialmente a las drogas ilegales, son “limpio” y “desenganchado”.

https://www.who.int/substance_abuse/terminology/lexicon_alcohol_drugs_spanish.pdf

² Con “nuevas miradas”, me refiero a analizar y observar las situaciones que rodean nuestras vidas desde el campo de las ciencias sociales, desde teorías antropológicas y sociológicas.

historias de vida de cuatro personas que amo con todo el corazón. Podría decir que la mayor parte de mi ser es lo que es gracias a su existencia, vivencias y decisiones.

El tema de este trabajo de grado surgió a partir de un ejercicio de autoanálisis, realizado en el marco de la materia *Clases populares y élites*, en el que teníamos que realizar una pequeña autobiografía, analizando cómo diversos fenómenos sociales nos moldean como personas, ciudadanos y habitantes de lo que conocemos como mundo. Este ejercicio me marcó, pues me permitió entender, por primera vez, que somos productos sociales. Reflexioné sobre las lógicas colectivas que han influenciado gran parte de mis experiencias: los estudios que he realizado, las violencias que he sufrido, los privilegios que he tenido, las personas con las cuales me he relacionado, pero no solo exploré mi “yo”, sino también las situaciones pasadas y presentes de las personas más cercanas a mí: mi padre, abuela, tía y mamá.

Desde temprana edad, mi vida ha sido marcada por el hecho de tener un padre que tenía un consumo descontrolado y excesivo de sustancias psicoactivas. Ahora que soy mayor de edad y estudiante de antropología, he decidido volver sobre la historia de mi padre y sobre las relaciones que he tenido con él a lo largo de mi infancia, para intentar entender su camino, sus acercamientos a estas drogas, sus decisiones y vivencias. Este deseo de conocer y entender a mi padre no es nuevo. Desde que puedo recordar, siempre he sentido mucha curiosidad por lo que él estaba pensando y sintiendo.

Para resolver (por lo menos parcialmente) estas inquietudes, he querido, a lo largo de estas páginas, reconstruir parte de las historias de cinco personas, cuyas vidas se entrelazaron y se relacionaron con la de mi padre³. Estas personas compartieron conmigo sus perspectivas y sentimientos sobre su adicción, resaltando las afectaciones particulares que sufrieron. De este modo, esta tesis, de corte autoetnográfico, constituye un intento por relatar y analizar pedazos de mi vida y de las de mis familiares, relacionados, principalmente, a la adicción de mi padre.

Dado que los fenómenos de adicción se interpretan a menudo como enfermedades, es, generalmente, la mirada de las ciencias de la salud la que prevalece para entenderlos. Considero, sin embargo, que las ciencias sociales tienen también mucho que aportar para entender las dinámicas asociadas con el consumo de sustancias psicoactivas. En el caso

³ Pablo Cortés (2011) menciona que las historias de vida nos permiten visualizar, entender e interpretar las voces que siempre han estado pero que los discursos dominantes nos han imposibilitado ver.

de mi papá, pude observar que su conducta se entendía en relación con el contexto social que lo había moldeado: su crianza en un entorno familiar y en un barrio particular, las situaciones vividas a lo largo de su vida, los trabajos que consiguió, etc.

De manera general, este trabajo pretende reflexionar sobre la influencia que tienen ciertos fenómenos estructurales – la clase social, el género, la violencia intrafamiliar – sobre el desarrollo de algunos “destinos” singulares.

Centrándose en el estudio de una familia particular, la tesis pretende rastrear los efectos del “contexto social” sobre las dimensiones más íntimas y personales de este grupo de personas, como seres moldeados tanto por factores biológicos como sociales.

La cuestión del género me parece particularmente relevante para entender la historia que he querido contar. Como lo veremos a lo largo del texto, las acciones de mi padre y demás familiares fueron profundamente moldeadas por el funcionamiento de la dominación masculina. Todos parecían tener miedo de romper con una imagen de familia tradicional, con un estereotipo de lo que significa ser hombre, padre, mujer, madre e hija. De este modo, la tesis pretende resaltar la importancia de las perspectivas femeninas sobre lo ocurrido: le doy voz a mi abuela, a mi mamá, a mi tía, me doy voz a mí misma, en torno a una situación que marcó de una u otra forma nuestras vidas. Me parece importante hablar de “voces femeninas” en plural, porque cada una ha vivido la situación desde una perspectiva diferente. Es evidente, por ejemplo, que lo que me sucedió con relación a la adicción a mi padre no fue lo mismo que le sucedió a mi abuela, mi mamá o mi tía. Cada una vivió y sintió cosas diferentes en torno a la situación.

Aquí van las principales preguntas que me guiaron a lo largo de la investigación: ¿Cómo el consumo de sustancias psicoactivas por parte de mi papá afectó mi vida, la de mi mamá, tía y abuela?, ¿Cuáles fueron los sucesos que más impactaron la vida de mi papá en relación con su consumo y cómo se pueden analizar desde las ciencias sociales?, ¿Qué tipo de relaciones se evidencia entre mi mamá, mi tía, mi abuela y yo?, desde la antropología, ¿cómo analizar las categorías del cuidado, del descuido y de las adicciones en las historias particulares de vida de cada uno de los personajes de esta investigación?

Esta autoetnografía se relata en dos capítulos. El primero narra y analiza, desde la disciplina antropológica, la historia de mi padre: sus comienzos en el consumo, sus experiencias y circunstancias actuales. El segundo capítulo se centra, principalmente, en

Laura, tanto como investigadora, como sujeto investigado, pero también menciona situaciones y perspectivas de otras tres mujeres, Marina, Nubia y Maribel, quienes la mayor parte del tiempo han estado al lado de él, acompañándolo y apoyándolo. En este capítulo se habla de la relación entre ellas y él, de sus sentimientos, emociones y pensamientos alrededor de su adicción. La mayoría de las vivencias y experiencias narradas serán analizadas o leídas desde las ciencias sociales.

Quiero dejar claro que, en esta tesis, no tomo la distancia asumida como necesaria en la academia, para las investigaciones sociales. La labor antropológica se ha caracterizado por estudiar y entender las experiencias de los “otros”, por pretender describir y analizar situaciones, desde las voces de “terceros”. Como lo menciona Luisa Bernal (2016), el antropólogo se plantea como un sujeto externo al mundo o como una persona que se libra de la posibilidad de ser también una otredad en la misma historia. Pero, el mundo y por ende la vida del antropólogo son factores que también merecen ser observados y analizados.

En ese sentido, considero que es necesario romper con el mito de la “objetividad”, porque hay historias que se comprenden mejor desde adentro y sin duda alguna, en esta ocasión estoy lejos de ser una investigadora distanciada, pues soy un personaje más de la historia, una protagonista. Sin embargo, esto no significa que este trabajo sea menos serio o convincente a nivel argumentativo.

El hecho de estar inmersa a profundidad en las situaciones retratadas en este trabajo trajo consigo unas ventajas, pero también unas desventajas. Creería que un investigador externo no habría podido llegar al nivel de detalle en cada una de las historias, al nivel de percepción y entendimiento de las emociones de cada uno de los personajes. No obstante, ese profundo acercamiento también generó unos efectos de censura, pues no todo fue revelado, hubo datos que preferí guardar por respeto y amor a mi familia.

En este trabajo no se revelan verdades absolutas, no se resuelven situaciones de fondo, pero si se intenta complejizar ciertas dinámicas como la carga de cuidado, como el estigma y la vergüenza que hay detrás de una adicción, como la obsesión de los seres humanos por cumplir estereotipos sobre lo qué es una familia tradicional y normativa.

Finalmente, quiero anotar que no soy, ni seré la más conocedora de cada uno de los miembros de mi familia. Aunque mi padre es una persona que me ha contado muchas

historias, es también una persona que sigue siendo – en varios niveles – desconocida y enigmática para mí. Lo mismo puedo decir de las otras personas de esta investigación. El hecho de tener relaciones de gran cercanía con ellas no impide la existencia de distancias diversas.

Este proceso fue largo y doloroso. Tuve mucho miedo de no poder cumplir con expectativas académicas y por supuesto familiares. Me preocupaba el hecho de que me vieran como una víctima y por ello me tardé tanto en darle fin.

Metodología

En el ejercicio de autoetnografiar la historia de mi familia, participé de dos formas: como Laura antropóloga y como Laura hija, nieta, y sobrina, es decir, Laura como sujeto investigado.

Siendo Laura antropóloga me dediqué a investigar, revisar bibliografía (enmarcada, especialmente, en la antropología del cuidado y de las adicciones), observar, realizar entrevistas, indagar y anotar todo en un diario de campo. Siendo Laura sujeto investigado me dediqué a hacer remembranza, a recordar conversaciones anteriores a la investigación, a recordar momentos de mucho tiempo atrás, me dediqué a reflexionar, a tener encuentros conmigo misma.

Como ya lo mencioné, esta investigación comenzó a partir de la elaboración de un autoanálisis en una de mis clases de pregrado. Esta actividad académica suscitó la idea desarrollar un trabajo a profundidad sobre la historia de vida de mi padre, la mía y otras integrantes de mi familia. A partir de allí, inicié una investigación etnográfica, acudiendo a las herramientas de campo tradicionales, como la observación participante y la entrevista a profundidad, las cuales pretenden ayudar a describir, analizar e interpretar una serie de significados o dinámicas que están presentes en el diario vivir de las personas. Como lo menciona Eduardo Restrepo, la etnografía busca descubrir tanto las prácticas como los significados que estas prácticas adquieren para quienes las realiza (Restrepo, 2016) , en este caso para mi padre y las demás personas de mi familia. Para lograr cierta profundidad, “la información etnográfica no se puede recoger en un par de jornadas ni de una sola fuente...se obtiene a lo largo de prolongados periodos y recurriendo a diversos informantes” (Guber, 2004, pág. 59).

En mi caso, la investigación se prolongó durante dos años, a lo largo de los cuales se llevaron a cabo múltiples encuentros con los personajes principales de esta tesis: mi papá, mi abuela, mi mamá y mi tía. En estos encuentros, se realizaron observaciones, conversaciones casuales, entrevistas semi-estructuradas y a profundidad⁴, que permitieron reconstruir momentos que hemos atravesado como familia durante distintos periodos de nuestra vida⁵. Para situar cada historia en su contexto, se abordaban temáticas relacionadas al cuidado, el descuido, las adicciones, la violencia intrafamiliar, la violencia de género, el estatus económico y la vergüenza.

Al ser parte importante de esta tesis, es decir, como sujeto investigado, tuve también muchos encuentros conmigo misma, en los que rememoré, exploré sentimientos y sensaciones que jamás me había detenido a mirar. Me pregunté puntualmente ciertas cosas de mi pasado y mi presente. Hablé de mí a mí, sobre mis vivencias, dolores, frustraciones, logros y alegrías, siempre desde el autocuidado y compasión, habilidades y prácticas que me ha dejado el movimiento feminista, el cual descubrí y empecé a militar desde hace algunos años, también en la universidad.

Vale la pena resaltar, sin embargo, que muchas de las historias y de los relatos que reconstruyo en este trabajo no fueron “recolectadas” dentro del marco estricto de la investigación. Al tratarse de la historia de mi familia, siempre he estado presente e inmersa en ella, antes en mi rol de hija, sobrina y nieta, y, luego, para desarrollar esta investigación, desde un papel ya enunciado de investigadora social. En todos los trabajos autoetnográficos, las fronteras entre la investigación y la vida son borrosas. Así, muchas experiencias que narro a lo largo del texto fueron vividas y conocidas muchos años antes de tener la idea de desarrollar esta investigación. En este sentido, he intentado desarrollar un ejercicio de autoanálisis profundo sobre mis recuerdos. He intentado reconstruir mis sentires y mis experiencias personales, tales como recuerdo haberlos vivido en el momento, para luego analizarlos de manera crítica, apoyándome en los recursos que tengo desde mi papel como investigadora y antropóloga.

⁴ Los encuentros y las entrevistas a profundidad fueron desarrolladas entre enero y noviembre de 2020. Posterior a estas fechas, inicié el proceso de transcripción, lectura de diarios de campo y escritura del documento de la tesis.

⁵ En muchos casos, se trataba de conversaciones informales, en las cuales los temas iban fluyendo a medida de los relatos. En algunos casos, sin embargo, llevaba una guía con las preguntas que me parecían importantes. Estas preguntas explícitamente formuladas permitían discutir situaciones y problemas que no eran fáciles de abordar en los encuentros casuales.

Quise describir y detallar desde adentro una situación alrededor de la adicción sobre la que hay muchas percepciones y estereotipos. Un mundo que rara vez se describe y se lee desde adentro. Con este trabajo quise lograr que los lectores entendieran la experiencia de la adicción, desde la voz de una persona adicta, y desde las voces de unas personas cuidadoras, de quienes se habla en investigaciones antropológicas, pero no en el papel específico de ser cuidador de alguien con problemas de adicción.

La autoetnografía se sostiene en el argumento de que una vida individual puede dar cuenta de los contextos en los que vive la persona en cuestión, así como de las épocas históricas que recorre a lo largo de su existencia (Blanco, 2011). Este método de investigación ha recibido algunas críticas, entre ellas, la prevalencia de la narración y descripción, en vez de la prevalencia de un análisis teórico y conceptual, sin embargo, una de mis grandes apuestas con este trabajo, es deconstruir las formas tradicionales de hacer y exponer los resultados de las investigaciones antropológicas. Considero que hay múltiples maneras de revelar los maravillosos resultados de las investigaciones sociales, que posibilitan también el llegar a mucha más gente que esté por fuera del ámbito académico.

A lo largo del texto se utilizó el recurso de fotografías, más como una herramienta de identificación de los personajes y de los escenarios. Esta búsqueda de archivo se realizó durante la investigación, más que todo en su última etapa.

Las fotografías son recursos que cuentan historias o, en este caso, la complementan. Permiten dar cuenta de una existencia de los “otros” y en muchos casos de sus contextos (Ramírez, 2015). Las fotografías permiten llegar a sitios y sujetos a los que el texto no siempre llega de forma tan detallada, hablando en términos visuales. Sin embargo, las fotografías pueden llegar a ser “engañosas” o pueden no contar las situaciones de forma exacta a cómo sucedieron o fueron vividas.

Mead y Bateson (1977) señalan que la cámara observa muy poco y que solo registra el 1% de las cosas que ocurren. En este sentido, las fotografías que pongo a lo largo del texto, dan cuenta de ciertas situaciones (alguna fiesta, algún grado escolar o universitario, alguna reunión familiar), pero no logran retratar detalladamente lo que estaba sucediendo, o lo que sentía mi padre, mi abuela o mi tía, en ese momento.

Por último, quiero hacer referencia al recurso de notas al pie que utilicé en varios apartados, lo hice con el fin de contextualizar más no de legitimar los hechos. Las notas

hacen referencia a datos institucionales sobre el consumo en Bogotá y Colombia. Brindan definiciones acerca de algunas sustancias que se mencionan a lo largo del relato, al igual que algunos conceptos teóricos en relación a la antropología de las adicciones y del cuidado.

Descripción de actores

Previo a los capítulos correspondientes, me parece importante presentar a las personas que juegan un papel central en mi investigación.

- **Papá**

Mi padre, Vladimir Ardila, nació el 28 de octubre de 1964 en Bogotá D.C. Se graduó de comunicación social y periodismo, pero no ejerció y se dedicó gran parte de su vida al comercio de bolsas de basura para restaurantes, centros médicos, oficinas y hogares. A los 15 años, aproximadamente, empezó a consumir alcohol y marihuana de manera ocasional. Tiempo después probó otras sustancias como la cocaína y el bazuco.

Para mí, Vladimir es una persona difícil, tanto de describir como de entender. Sus comportamientos varían frecuentemente. Así mismo su actitud frente a la vida. Podría decir que cuando tiene su consumo bajo control es una persona totalmente diferente a la que es cuando tiene excesos y recaídas.

Vladimir es sumamente importante, pues de su historia, en relación con su adicción, se desprenden las demás. Los encuentros con él fueron fundamentales para la reconstrucción del caso. No fue fácil, sin embargo, realizar una investigación con él. Debido a su consumo, hubo días en los que era prácticamente imposible conversar. En ocasiones, su afán, su falta de concentración en el instante y su malestar eran tales que no tenía sentido pretender hacer una entrevista. Otros días, en cambio, estaba más centrado, respondía con fluidez, hablaba por montones. Se veía incluso que estaba disfrutando mucho de esos espacios de trabajo de campo compartidos conmigo, su hija.

Los puntos de encuentro también fueron un tema complejo. Al principio nos reuníamos en casa mía y de mi pareja, pero llegó un punto en que se tornó incómodo. Mi papá llegaba sin avisar, en la madrugada, a veces bajo el efecto de alguna sustancia. Alzaba la voz, se

tornaba agresivo e imponente. Tiempo después me mudé y preferí no decirle donde vivo actualmente. Ahora nos vemos en alguna panadería o algún punto conocido por los dos.

Los sentimientos que tengo por él son a veces muy contradictorios. En sus momentos de crisis, siento que lo odio: es impulsivo, egoísta, intransigente. Después, reflexiono y entiendo, de alguna manera, que es algo que él no puede controlar. En sus momentos conscientes⁶ lo amo, porque es sabio, porque da buenos consejos, porque demuestra ser un gran ser humano: detallista, servicial, justo.

Todos los momentos que compartimos durante la realización de mi tesis y fuera de ella sirvieron de insumo para narrar lo que viene en las próximas hojas.

- **Abuela**

Rosa es su nombre. Nació en San Antonio del Tequendama, un pueblo que queda a una hora de Bogotá. Trabajó por más de 20 años en el Ministerio de Defensa como secretaria. Siempre ha sido de carácter fuerte, organizada y disciplinada con su trabajo y la familia.

Quedó embarazada por primera vez a los 21 años, tuvo a mi tía Nubia y a los dos años nació mi papá. Para ella, criar a sus hijos no fue nada fácil. Estuvo sola, pues mi abuelo se separó de ella al poco tiempo de que ellos nacieran. Su relación con mi tía y padre siempre fue de control, actuó como una madre autoritaria, exigente, un poco agresiva y fría⁷. Sin embargo, conmigo fue todo lo contrario. Para mí, ella es mi segunda mamá: me crio, siempre ha estado pendiente de mí, es consentidora y amorosa.

Con su historia percibí que las mujeres de la familia hemos heredado una carga muy fuerte: la del cuidado y de la atención familiar. Ella siempre ha sido el pilar y la cabeza de la familia.

Hablar con ella, en el marco de esta investigación, no fue tan fácil. Hubo cosas que no quiso mencionar, tal vez por vergüenza y dolor. En la mayoría de nuestros encuentros, siempre enfatizaba los momentos felices o ideales, a diferencia de mi padre y de mi tía, quienes hablaron más de los dolorosos. Siento que, para ella, las entrevistas sobre su vida

⁶ Con esto me refiero a cuando no está bajo los efectos de alguna droga por un tiempo prolongado o, por ejemplo, que consuma marihuana o alcohol de vez en cuando. Drogas no tan duras como el bazuco.

⁷ Así lo mencionan Nubia y Vladimir en las entrevistas a profundidad.

e intimidad fueron un poco incómodas, pues se reabrieron heridas que tal vez nunca sanaron del todo.

Para mí también fue sumamente incómodo. De hecho, muchas veces pensé no tomarla en cuenta, al igual que a mi tía, pues me sentía mal de inducir las u “obligarlas” a hablar sobre un tema que les generaba rabia y tristeza. Con el tiempo, fuimos normalizando la experiencia, haciéndola más amena y enriquecedora.

- **Tía**

Nubia es la hermana mayor de Vladimir. En su infancia, siempre estuvieron juntos. Sin embargo, desde que mi papá empezó a consumir, se fueron alejando. Hace más de diez años que no se hablan.

Ella es un personaje también importante para mi tesis porque ha tenido un papel fundamental en la historia de vida de mi papá y en la mía. Siento que muchas de las decisiones de mi papá incidieron en la vida de ella, determinaron ciertas acciones y elecciones que tomó. También formaron su carácter, su forma de ser. Pero no son solo las decisiones de mi papá las que tuvieron un impacto sobre mi tía, sino las de mi abuelo, mi abuela, y también las condiciones del contexto en el que creció.

Ella se graduó de derecho y después ingresó al Ejército Nacional. Allí estuvo cerca de 18 años, actualmente trabaja en la Corte Suprema de Justicia. Siempre ha sido estudiosa, responsable y enfocada a lo que ella llama “crecimiento profesional”. Creería que es lo que más la ha llenado durante su vida.

Su experiencia me parece muy reveladora porque permite identificar ciertas cargas que nos corresponden a nosotras las mujeres, solo por ese hecho de ser mujer, como el tema del cuidado, el formar un hogar, el reconocimiento.

Para mí, Nubia es una mujer fuerte, decidida y disciplinada. Siempre buscó lograr lo que quiso en medio de ciertas dificultades. Le agradezco inmensamente porque fue mi mentora en los momentos en los que no conté con mi papá, ni con mi mamá. Me facilitó el acceso a la educación y a muchos privilegios, más allá de cubrir mis necesidades básicas.

- **Mamá**

Cuando Maribel conoció a Vladimir tenía 20 años. Ella se vino de Armenia a Bogotá a los 17, como muchos, en busca de nuevas oportunidades. Conoció a Vladimir en el barrio Quirigua, mientras los dos trabajaban. Se hicieron amigos, luego novios. Quedó embarazada y se fueron a vivir juntos. A pesar de que mi mamá siempre supo que mi papá consumía, tomó el riesgo de formar un hogar, pues quedó embarazada y estaba prácticamente sola en la ciudad.

Mi mamá también es pieza fundamental de esta investigación, pues vivió de cerca, durante más de 10 años, la relación de mi padre con las sustancias psicoactivas. Gran parte de los relatos aquí presentados se basan en sus memorias, tales como ella me las contó a lo largo de nuestros encuentros.

La relación de mi mamá con mi tía y abuela fue bastante conflictiva, llena de recriminación, culpa e invisibilización. Sin embargo, en momentos de crisis por la situación de mi papá, las tres se reconfortaban. Se unían para darse aliento y apoyo. Ahora soy yo, en la actualidad, la que la busca a ella, para desahogarme, conocer y aprender de su experiencia.

La admiro un montón por su capacidad de resiliencia. Reconozco sus ganas de emprender, su creatividad, el poder interior que tiene.

- **Hija**

Mi nombre es Laura. Tengo 25 años. Estudié periodismo y antropología en la Universidad del Rosario. Actualmente, trabajo en un programa para víctimas del Conflicto Armado, apoyando el área de comunicaciones. Me siento privilegiada de poder trabajar en lo que amo. Este privilegio me lo ha dado mi tía y mi abuela, quienes costearon siempre mi educación, quienes me han apoyado en todos mis procesos. Sin embargo, también lo he mantenido yo misma, con mi esfuerzo y dedicación. Aún así, agradezco también a mi papá y a mi mamá, quienes me dieron la vida y también me han enseñado a partir de su experiencia.

Como ya lo mencioné anteriormente, mi rol dentro de la investigación es una combinación de sujeto-investigador. A lo largo de estos meses, me basé en parte de mi experiencia personal para escribir y analizar mucho del contenido del presente trabajo.

Al ser una historia tan personal, llegué a pensar que tal vez no podría tener un carácter serio o académico. Los encuentros que tuve, conmigo misma, como con los demás actores, fueron densos y a veces desgastantes. Pero, finalmente, siento que se logró un buen insumo, tanto narrativo, como teórico y de reflexión.

Capítulo 1

Pertenecer y no pertenecer: fracturas sociales en la cotidianidad de un adicto

“La soledad era fría, es cierto, pero también era tranquila, maravillosamente tranquila y grande, como el tranquilo espacio frío en el que se mueven las estrellas”.

–Herman Hesse, El lobo estepario.

Vladimir nació en Bogotá y se crio en El Restrepo, un barrio ubicado al sur de la ciudad. Vivía con su madre y hermana. “La casa no era tan cómoda, pues estaba en malas condiciones. Era una especie de casa lote con un patio inmenso y una construcción en obra negra, es decir, todo hecho a medias. Pero, poco a poco y con mucho esfuerzo, mi madre la fue arreglando”.

Menciona que no tenían mucho dinero, pero que jamás les faltó agua, comida, ni techo. Sin preguntarle, Vladimir se ubica en la clase media baja bogotana y me dice que, a lo largo de su vida, ha pasado por distintos “pisos”, “he sido afortunado, he tenido la oportunidad de vivir en la clase media baja, en la clase media alta, y también en la clase baja baja; esto cuando viví un tiempo en la calle, prácticamente como indigente, pero jamás quiero volver allí, ese es mi más grande miedo”.

La cuestión del cambio de clase o posición social, relacionado más que todo a la parte económica, es un tema que se vuelve recurrente cuando mi papá me cuenta los eventos que ha vivido durante su niñez y durante su vida en general. Él me explica, por ejemplo, que, en su infancia, hubo un evento relacionado a estos cambios de posición que lo marcó.

– Ahora echando cabeza y hablando sobre mi niñez, hubo una cosa que me afectó en esa época y fue que, en los inicios del bachillerato, mi madre me cambió de colegio. Aunque ella había mejorado económicamente y estábamos viviendo con más comodidades, ella decidió cambiarme de plantel para ahorrarse unos pesos y poder seguir arreglando la casa.

–¿Cómo fue eso?

–Pasé de un colegio privado, de clase media, llamado el instituto San Bernardo, a un colegio oficial, de clase media baja, llamado el Agustín Nieto Caballero. El cambio fue radical, pues después de haber mejorado un poco económicamente por el nuevo salario de mi mamá, volví a bajar como de estatus. Al principio, esto me generó muchos conflictos, ya que mis nuevos compañeros tenían unas formas de ser y unas costumbres muy diferentes a las mías. Me sentía incómodo.

–¿Cómo cuales?

–La forma de hablar, de expresarse, la forma de pensar, de comer, mejor dicho, la forma de actuar. Todo es diferente. Pero pues, hoy en día estoy muy agradecido con ese cambio de colegios, porque esto me dio la oportunidad de entender que hay cosas que nos diferencian, aunque uno no lo quiera. También entendí que hay distintas formas de ver y concebir el mundo.

–¿Y te graduaste de ese colegio?

–No. En la mitad del bachillerato, mi familia se dio cuenta de lo regular que yo me sentía ahí y de que no era feliz. Así que tomaron la decisión de volverme a inscribir en el San Bernardo y ese fue uno de los días más felices de mi vida. Sentí que había regresado a casa. Me volví a identificar con mis profesores y compañeros, sentí que finalmente encajaba.



Vladimir en el colegio San Bernardo. 1971.

Es increíble como los seres humanos, desde pequeños, nos ubicamos en ciertas posiciones sociales y nos diferenciamos los unos de los otros en términos de cosas materiales, bienes, dinero y en términos de condiciones inmateriales, como el estatus o el prestigio. Entendemos desde edades tempranas qué es ser rico, qué es ser pobre, qué es tener lujos y qué no. El sentirse “cómodo” y “encajable”, como mi padre lo menciona, en un determinado lugar, depende de esos factores ya mencionados, que configuran muchas veces nuestros gestos, costumbres, modos de ser y actuar.

Mientras que hablamos y continuamos situados en el barrio El Restrepo, le pregunto cómo fue su infancia en términos de relaciones familiares, menciona que la convivencia con mi tía y abuela era muy difícil, que seguido había discusiones y violencia. Según él, mi abuela transfería todo el resentimiento que tenía, por el “abandono” de mi abuelo, sobre ellos, situación estudiada por (Barcelata Eguiarte & Alvarez Antillon, 2005) quienes afirman que los padres que, en su infancia han sido golpeados o maltratados, tienden a reproducir su experiencia con sus propios hijos. De este modo, se pone en marcha una transmisión intergeneracional que hace que las historias de agresión tiendan a repetirse de una época a la otra.

–La niñez que tuvimos con mi hermana no fue siempre tranquila; pues mi madre era una persona muy violenta y un poco desequilibrada mentalmente, lo cual generaba como resultado unas palizas injustas y bastante violentas.

–¿Por qué crees que la abuela se comportaba de esa manera?

–Creo que mi mamá sufrió mucho durante su vida, tanto en su niñez, como adultez. Mi abuelo Víctor era un violento y un alcohólico... después conoció a mi papá, quien la dejó sola con dos niños.

Reconozco que los maltratos han existido en distintas generaciones de mi familia, sin embargo, el contexto ha venido cambiando. Así, mientras que mi abuela y mi padre crecieron en un ambiente que naturalizaba el maltrato infantil, yo nací en una época, los 90, en la cual, según (Pineda Duque & Otero Peña, 2004) se empezaba a reconocer y a denunciar los atropellos cometidos contra los niños.

Mi interpretación a estos hechos es que no se trata de una reproducción absolutamente idéntica de los traumas, sino más bien de unos “ecos”, en los cuales los dolores vividos por una persona en un momento dado parecen resurgir en las experiencias de personas de la generación siguiente. Estos “ecos” entre los dolores de unos y otros se perciben muy claramente en los relatos de mi historia familiar tanto en el caso de mi abuela con mi papá y mi tía, como en otras situaciones que mencionaré más adelante.

Aunque mi abuela lo contradiga, Vladimir nunca recuerda haber vivido con su padre, es decir, mi abuelo Salvador. De hecho, los recuerdos que tiene con él no son muchos, son más que todo de momentos instantáneos o fugaces, en los que lo visualiza como un amigo o como aquella persona con la que salía los domingos a almorzar, a compartir un helado y a hablar un rato. Dice que era una persona culta, honrada, pero también “un mujeriego” y “tomatrago”.



Salvador alzando a Nubia en la casa de El Restrepo. 1962.

Me parece importante mencionar que Vladimir crece en un contexto en el que está normalizado el consumo del alcohol. Mi bisabuelo materno la mayoría del tiempo estaba tomado, y mi abuelo Salvador también. Es normal que, en las familias colombianas el consumo de licor empiece desde temprana edad, más o menos a los 15 años. Además, es una actividad que también está más relacionada a los hombres, que a las mujeres.

Según la Secretaría de Salud de Bogotá (2010), el 88% de la población entre 12 a 65 años señala haber consumido bebida alcohólicas alguna vez en la vida. Además, se observan claras diferencias por sexo: mientras 49% de los hombres manifiestan haber consumido alcohol en el último mes, entre las mujeres la cifra es 24%.

Cada vez que regresaban de las salidas con Salvador, siempre discutía con su madre. Relata que era un problema el llegar a casa, pues mi abuela le preguntaba por cada detalle sobre lo qué hicieron, también le reclamaba por qué mi abuelo no había mandado dinero, leche o carne. Estas situaciones terminaban siempre en peleas, de gritos y hasta agresiones físicas. Hay un suceso que mi padre recuerda siempre, con claridad y tristeza:

–Un día, mi mamá me llevó hasta Fusa y eso fue terrible. Yo tenía como 6 años. Fuimos a Fusa dizque a buscar a mi papá. Resulta que llegamos allá y mi papá no quería vernos hasta que tuvo que salir porque mi mamá se puso a gritar como loca y a hacer escándalo. Mi papá salió ofendido y empezó a gritar también. En medio de la discusión, mi papá sacó un revólver y nos apuntó. Yo era muy niño. Sentí mucho miedo. Lo único que hice fue esconderme detrás de las piernas de mi mamá. Para mí esa escena fue muy traumática, tanto así que aún la recuerdo. Yo siempre he sentido que eso también pudo haber repercutido en mi consumo, no sólo eso sino la violencia como tal. Cómo era mi mamá con nosotros, como era de dura y drástica.

Mi papá cuenta que, debido a los malos ratos que se vivían en la casa de mi abuela, decidió empezar a huir de ese presente. Es así como se refugió en sus amigos, en el alcohol y las drogas⁸. Las primeras respuestas que dio mi papá a mis preguntas sobre el tema casi siempre empezaban con lo mismo: “¿A qué edad empezaste a consumir?”, él me responde que más o menos a los 15 años, que lo hizo por probar y que le gustó porque se “olvidaba de todo”, le calmaba la ansiedad y los nervios.

⁸ Hago esta diferencia entre el alcohol y las drogas, precisamente, por esa normalización que se le ha dado al alcohol siempre. Al ser una sustancia legal, no es tan estigmatizado su consumo.

Su primer “porro”⁹ fue con unos amigos del barrio, con quienes se sentó a fumar después de jugar un partido de fútbol. Empezó a hacerlo más seguido, cada ocho días, cada cinco días, cada tres días, hasta que se convirtió en un hábito diario.

–Empecé a comprar moñitos y los escondía dentro de la funda de la almohada o en algún libro. Un moño me duraba más o menos una, dos semanas.

–¿Cuánto fumabas al día?

–Empecé con medio bareto, ya después uno al día.

–¿y mi tía y abuela? ¿no se daban cuenta?

–Trataba de hacerlo cuando ellas no estaban o cuando Nubia estaba, fumaba y me hacía el loco con el olor.

Luego de probar la marihuana, a los 18 años, mi papá empezó a consumir otro tipo de drogas. Llegamos al tema porque al hablar sobre su época del colegio, menciona que cuando terminó el bachillerato conoció a Gloria, su primer amor, sin embargo, las cosas no prosperaron debido a que “hubo muchos momentos de consumo fuerte” que dañaron la relación. A finales de los 70 mi papá conoció una sustancia llamada metacualona¹⁰, la cual lo “pasmaba” por casi ocho-diez horas después de su consumo.

–Esta droga era bastante fuerte. La conocí también por unos amigos del barrio, no era tan difícil conseguirla, pues teníamos un amigo que tenía conocidos en droguerías y como era una droga psiquiátrica, pues él se las compraba a ellos y luego nos la revendía o a veces la regalaba.

–¿Cómo era?

–Era una pastilla. Nos la bajábamos con un vaso de agua, más o menos a los 30 minutos empezábamos a sentir relajación total, una sensación de plenitud. Lo malo es que con las horas uno podía llegar a perder la conciencia, quedarse dormido donde estuviera o simplemente desplomarse. Yo por eso siempre trataba de consumirla en la casa para estar más tranquilo y seguro.

–¿Nunca te sentó mal o te “malviajaste”?

–Sí, una vez. Fue horrible. Me la tomé y como a las dos horas me miré al espejo, la verdad no me reconocía, me asusté mucho; después me caí o creo que me desmayé. Cuando me desperté, ya era de noche, habían pasado como seis horas.

⁹ La marihuana es la sustancia ilícita de mayor consumo en Bogotá. El mayor consumo se observa entre los jóvenes de 18 a 24 años, con 6%, seguido del grupo de 25 a 34 años (3,2%) y el de 12 a 17 años (2,8%). (Secretaría de Salud, 2010)

¹⁰ La metacualona, a la que se hace referencia normalmente como “Quaalude”, es un sedante que fue muy popular como droga recreativa en las décadas de 1960 y 1970. Es utilizada principalmente para tratar síntomas físicos y psicológicos de la hiperactivación fisiológica, como la ansiedad y la tensión. (Figueroba, s.f.)

–¿en serio? ¡que miedo! También me gustaría saber si el consumir eso interfirió alguna vez en tus hábitos, o sea en lo que hacías normalmente.

–No, pues no creo. Yo seguía con mi vida normal, terminé el colegio, estaba mirando qué hacer, mirando qué estudiar en la universidad. Continuaba jugando fútbol, saliendo con amigos, leyendo y escribiendo.

–¿y lo de Gloria?

–Bueno, pues la relación con Gloria se terminó porque ella decía que no le dedicaba el tiempo suficiente, que siempre andaba pensando en farra y en estar metiendo, pero para mí eso no era así, creo que lo llevo un poco al extremo.

Al graduarse del colegio, decidió estudiar comunicación social en el Externado, una universidad privada de Colombia, y vio algunas materias de sociología. Él siempre ha sido amante de los libros y la escritura. Esto es algo que disfruto mucho con él: tenemos carreras afines y podemos hablar de temas en común.

Sostiene que la universidad ha sido una de las mejores épocas de su vida. Conoció personas con las que se identificaba a nivel de gustos, hobbies, ideales. Habla de su carrera con amor y pasión, aunque cuando recuerda que no ha podido ejercerla “oficialmente” siente frustración. Dice oficialmente entre comillas cuando se refiere a estar en una sala de redacción, cabina de radio u organización, sin embargo, es muy enfático en que practica su carrera a diario, pues para él “la comunicación social se hace en la calle, en el día a día, con la gente”.



Vladimir en su época universitaria. 1984.

Fue mi abuelo quien le pagó la universidad a mi papá. Menciona que él siempre trató de darles lo mejor, a nivel económico, buen estudio, buena ropa, buena comida. No vivió con ellos, pero tampoco los dejó a la deriva. “Por mi papá yo me acostumbré a usar buenas

cosas, de marca, a comer bien, a sentirme bien... éramos estrato tres, podíamos darnos lujitos de vez en cuando, comprar unas Adidas, unos Levi's... por eso ahora es que me da tan duro no poder comprarme lo que me da la gana... trato de ahorrar, pero cuando la situación se pone dura no se puede”.

Una noche, en uno de sus partidos de fútbol, conoció a Nancy, la hermana de uno de sus mejores amigos del barrio. Le gustó y la invitó a salir. Ella estudiaba lenguas en la Pedagógica. Era amante de los libros y del cine. Se veían muy de vez en cuando, iban a ver una película, a caminar o por un café, de hecho, mi papá menciona que lo que tuvo con Nancy no fue una relación de amor como tal, sino más bien una amistad, una compañía con la que compartía gustos.

Más o menos al año y medio de estar saliendo con Nancy, ella queda embarazada de mi medio hermano David. Mi padre iba en séptimo semestre de la universidad y a Nancy le faltaba más de la mitad de carrera. La noticia los tomó por sorpresa, pero ya nada se podía hacer, decidieron tener al niño.

Los meses de embarazo fueron duros para Nancy, era demasiado joven, continuaba yendo a la universidad, pero dos meses antes de dar a luz tuvo que aplazar semestre. Mi papá, en cambio, continuó estudiando. Sus padres ya estaban enterados, la mamá de Nancy estaba un poco molesta por lo sucedido, además no le caía bien mi papá, pues no tenía muy buena fama en el barrio porque decían que era un vago y se la pasaba “pegándolo”. La mamá de mi papá tampoco estaba muy feliz, pues no tenían dinero. Ni sus familias, ni ellos, sabían como iban a mantener a ese bebé.

Desde que Nancy quedó embarazada, su relación con mi papá empezó a deteriorarse. Ya no se veían mucho, hablaban de vez en cuando y fue aún peor cuando nació David. Los primeros días mi papá lo visitaba y trataba de llevarle pañales o cualquier cosa que necesitara, pero con el tiempo mi papá dejó de ir.

Le pregunto si para esa época continuaba consumiendo, me dice que sí, que marihuana y “otras cositas” de vez en cuando. Le pregunto que qué otras cositas, baja la mirada, “no pues... bazuco¹¹”. Para mi papá fue muy difícil reconocer ante mí que consumía bazuco...

¹¹ El bazuco, carrito o bicha es una sustancia psicoactiva compuesta principalmente por la extracción de alcaloides de la hoja de coca que no llegan a ser procesados hasta convertirse en clorhidrato de cocaína, también conocido como pasta base de cocaína. En los años 80, en países como Colombia y Perú, el

yo ya lo sabía, pues varias personas me lo habían dicho, mi mamá, mi tía, los médicos que lo han tratado en rehabilitación, sin embargo, nunca lo había escuchado de su boca hasta ese momento de la entrevista. Parecía un poco avergonzado, pero le dije que no pasaba nada, que continuáramos conversando.

–Conocí el bazuco por unos amigos de la universidad. Estábamos en el apartamento de uno de ellos, hablando, tomándonos unos tragos, cuando uno de ellos sacó la bicha... nosotros bien curiosos, pues la probamos, y desde ahí la empecé a consumir de manera ocasional, en fiestas, reuniones... con el tiempo nos fuimos dando cuenta de lo peligrosa que era, pues incrementó el número de habitantes de calle y decían que era por eso, por el consumo de bazuco.

–¿Qué se siente consumir bazuco?

– Pues, para mí, el bazuco tiene cuatro etapas: la ansiedad de comprarlo, de conseguirlo. La euforia que siente tu cuerpo con la primera fumada. La paranoia que viene después: todo te da miedo, te irrita, no quieres ver a nadie. Y la depresión cuando el efecto se va: te sientes mal, te das golpes de pecho, te da un cargo de conciencia gigante... Pero esta última sensación es una de las que más te incita a volver a fumar. El bazuco es lo peor, es como un círculo vicioso, es muy difícil de manejar, o bueno, por lo menos para mí lo ha sido.

–¿Conoces personas que lo han sabido manejar?, o sea que hayan tenido, digamos, ¿un consumo controlado de bazuco?

– Sí, pero es muy difícil. Mi amigo Rodrigo, el oftalmólogo, consume bazuco y no entiendo cómo hace, o sea me refiero a cómo ha hecho para crecer profesionalmente, para tener un hogar sólido y dinero. A veces creo que él es como un superhombre, no sé... Desde que lo conozco, siempre ha sabido manejar muy bien las cosas, siempre ha sabido medirse... Y lo conozco desde pequeños.... Yo siempre le digo: ‘Rodrigo tenga cuidado no va y sea que el bazuco le juegue una mala pasada y lo pierda todo’. Él se me queda mirando y me dice: ‘¿Usted cree? Noooo Vlachó, a mí eso ya no me pasa’.

Según el Estudio Nacional de consumo de sustancias psicoactivas de 2013, el uso problemático y dependiente de bazuco afecta al 78% de sus usuarios. Los consumidores de 25 a 34 años son quienes presentan un patrón de consumo más problemático, debido a que casi la totalidad de los mismos serían abusadores o dependientes. En los otros grupos de edades, más del 70% de los consumidores tienen problemas con el consumo de esta sustancia. (Ministerio de Justicia y del Derecho, - Observatorio de Drogas de Colombia y Ministerio de Salud y Protección Social, 2013)

Siento que a mi padre le cuesta hablar del tema. Lo veo tenso, incómodo. Me dice que le da pena.

consumo de bazuco se incrementaba en forma significativa a sectores de la población de mayor vulnerabilidad social y económica, debido a su fácil acceso y a su bajo costo. (Meikle Noel, y otros, 2009)

Actualmente, el consumo de esta sustancia está asociado, en los imaginarios, a los sectores marginados y vulnerables, sin embargo, mi padre recuerda que, en la época en que él empezó a consumirla, afectaba especialmente a la clase media y alta del país.

Me explica que muchas personas de su generación y de su contexto sufrieron las consecuencias del bazuco: “Nos quitó la identidad y la pasión intelectual y cultural de hacer nuevas cosas... Entramos en el camino de la repetición, de hacer siempre lo mismo, o sea fumar y fumar bazuco sin ningún ideal y sin ningún fin... Solamente por el deseo de hacerlo”. Para él, no solo fue una destrucción intelectual y productiva, sino que “el país se convirtió en una olla mundial, la gente no sabe, ni se imagina lo que se siente ser un bazuquero y, fuera de eso, vivir en el país que más produce droga en el mundo”.

Volvemos a la época de la universidad y me dice que, a pesar del consumo, las fiestas y el nacimiento de David, logró graduarse. Consiguió un trabajo en una emisora: hacía reportería y presentaba algunas noticias. Todo parecía mejorar, sobretodo a nivel económico y también a nivel personal. De vez en cuando salía, se fumaba un porrito, pero nada más. Sin embargo, luego de seis meses de trabajar allí, la emisora recortó presupuesto y uno de los afectados fue él.

—Cuando salí de la emisora, toqué muchas puertas en otros medios, pero no conseguía empleo. Me tocó rebuscarme por otros lados. Yo vivía con mi mamá y ella también estaba aburrida porque yo no llevaba dinero a la casa. Me sentía mal. Un día fui a una charla dizque de “emprendedores”, era para vender aspiradoras. Yo dije: ‘eso no es para mí’. Salí de ahí para la casa y tu abuela empezó a darme cantaleta. Días después, me junté con unos conocidos y empezamos a consumir... Duré en una olla como por cuatro días, perdido.

—¿Qué pasó después?

—Recapacité y decidí volver la casa. Mi mamá me dijo que buscara ayuda, que lo estaba perdiendo todo. Para ese momento, Nancy no me había vuelto a dejar ver a David. Yo me sentía muy mal, triste de no poder compartir tiempo con mi hijo... Me sentía un don nadie, mejor dicho.

—¿En qué sentido?

—Sí, no me sentía lo suficiente... Me sentía defraudado de no poder llevar dinero a la casa, de no poder cuidar a mi hijo, de no haber logrado nada profesionalmente.

—¿Buscaste ayuda?

—Sí, fue la primera vez que decidí hacer un programa de rehabilitación.

—¿Qué pasó después?

—Salí un poco más renovado. A los días conocí a un señor en el barrio que tenía un negocio de plástico... Empecé a trabajar ahí como repartidor de bolsas. Con el tiempo fui aprendiendo y decidí salirme de ahí y montar mi propia ruta de entrega de bolsas. Entonces, conseguí un lugar donde producían el plástico. Compraba las bolsas al por mayor y empecé a distribuirlas

por distintos sectores, en especial, Prado, Toberín, Lijacá, bueno, toda esa zona. Me di a conocer en restaurantes, locales, papelerías, etc.

–Pero ¿continuabas consumiendo?

–Sí... De vez en cuando tomaba y fumaba marihuana... A veces perico, pero no más...

Para poder entender mejor el fenómeno de consumo de bazuco, revisé la etnografía de Carlos Enrique Correa (Lagos, 2017) que pretende analizar las manifestaciones sociopsicológicas del consumo compulsivo de bazuco en los habitantes de una fundación en Armenia, Quindío. En su investigación habla de dos tipos de consumidor: el consumidor experiencia y el consumidor compulsión.

El consumidor experiencia se caracteriza por el control de sus impulsos, madurez y la toma clara de decisiones. “Ha pasado por todo el proceso del consumo de bazuco, reciclaje, descuido de sí y compulsión; sin embargo, todas estas experiencias le han enseñado a autocontrolarse y a conocer su consumo” (Lagos, 2017)

El consumidor compulsión no puede controlar su consumo y tiene muy poca capacidad de decisión. Niega su condición, pero tiene la esperanza de salir de su adicción.

“Yo siento que ya puedo manejar mi consumo, no es como hace 20 años, que cuando sufría recaídas era más difícil levantarme, que cuando tenía ganas de consumir vendía lo que encontraba. Podía perderlo todo en un segundo... me iba de la casa y prefería dormir una, dos semanas en la calle”.

Después de leer a Correa y hablar con mi padre sobre su consumo considero que él maneja estos dos tipos de consumo, y dependen de lo que esté experimentando en el momento, sobretodo, a nivel emocional.

Creo que la compulsión o el control de Vladimir a la hora de consumir son acciones que están muy influenciadas por las situaciones que él esté viviendo en el momento. De las múltiples recaídas que ha tenido mi papá, una de las más severas y tempranas, estuvo ligada a circunstancias difíciles: por un lado, el hecho de no encontrar un trabajo estable después de graduarse de la universidad y, por otro lado, la difícil relación con su familia, en especial, con su hijo de David. Con su historia, percibo que lo que agrava o hace incómodas esas situaciones es el incumplimiento o la poca satisfacción de los roles que “venimos” a cumplir en este mundo, seamos hombres, mujeres, pareja, mamá, papá, hijo

o hija. Si no cumplimos con esos papeles o roles, somos rechazados, juzgados y a veces excluidos.

En el caso concreto de mi papá, el hecho de haber nacido siendo hombre en ese contexto específico (en Colombia y en el siglo XX) implicaba tener que ser masculino o responder y cumplir con lo que significaba la masculinidad tradicional: “según el diccionario, es la cualidad de masculino, que incluye la virilidad y el ser varonil, enérgico, fuerte y macho. Se observa que la masculinidad se basa en valores físicos que posteriormente se transforman en valores morales” (Hardy & Jimenez, 2001)

Este modelo tradicional de masculinidad se apoya en mostrar dominio en cuatro dimensiones: en las relaciones de producción, generar riqueza, en las relaciones de poder, tener prestigio y estatus, en las relaciones de catexis, se refiere al control de las emociones y en cumplir con actividades particulares como las de liderazgo y riesgo. Cuando mi padre menciona “*Yo me sentía muy mal, triste de no poder compartir tiempo con mi hijo... Me sentía un don nadie*” y “*Me sentía defraudado de no poder llevar dinero a la casa... de no haber logrado nada profesionalmente*” se está refiriendo a muchas de sus frustraciones y siento que esas frustraciones parten del hecho de no haber cumplido con ciertos roles que le correspondían como el ser un “buen padre”, el ser la cabeza de la familia, el proveedor.

Con lo anterior no quiero decir que “esas situaciones” difíciles sean la raíz de su consumo, sino que el hecho de vivirlas puede incrementar las posibilidades de perder el control de este. Asimismo, el consumo hace que “estas situaciones” se tornen difíciles. Yo lo veo como un círculo vicioso que interfiere en sus diferentes roles y en las diferentes esferas sociales a las que él pertenece. Es decir, el consumo afecta ámbitos de la vida de mi padre, como el trabajo, la familia y las relaciones de pareja, cuando él percibe que estos ámbitos no están funcionando, se refugia en más consumo.

Sin embargo, no quiero dar por sentadas estas apreciaciones propias, pues puede que desde un inicio mi padre jamás haya querido cumplir con los roles mencionados. Tal vez siempre le pesó o le parecieron absurdas ciertas cargas que se desprenden de cada papel que decidimos o debemos optar a lo largo de nuestras vidas. De hecho, en algunas de nuestras conversaciones, él ha mencionado que su vida va un poco en contra del “sistema”, el no tener un hogar fijo, un empleo formal, el no tener que responsabilizarse de su pago de seguridad social (pues eso siempre se lo ha pagado mi abuela) ... la duda

está en si esto realmente ha sido una elección propia o tal vez una consecuencia de su problema con las sustancias psicoactivas, nunca lo sabré a ciencia cierta.

Vladimir fue consciente de que tenía un problema de adicción hasta que cumplió más o menos 25 años. Se había graduado de la universidad, pero no encontraba trabajo en su profesión después del tiempo que duró en la emisora. Tampoco había podido mantener una relación de pareja estable. Su interacción con la familia era esporádica, solo era cercano a mi abuela y, de vez en cuando, hablaba con mi tía.

–¿Qué pasó con mi tía?

–Bueno, con ella tuvimos muchos roces. Yo digo que fue culpa de los dos, aunque ella me echa toda la culpa a mí. Cuando vivíamos en El Restrepo, Nubia era bastante autoritaria, quería controlarlo todo. No me dejaba comer lo que yo quería, jodía por el orden, hasta por la ropa, porque muchas veces nos tocó compartirla. Mi mamá y mi papá trataban de comprarnos todo unisex.

–¿Peleaban mucho?

–Sí, demasiado. Y eran discusiones fuertes, a veces gritos, groserías y hasta golpes. Ella siempre me tuvo como celos, o pues eso es lo que ella dice, que a mí me daban lo mejor, que colegios privados, la universidad privada y a ella no. Pero a mí no me parece, siento que a los dos nos dieron lo mismo. De hecho, yo admiro la tenacidad de Nubia, porque ha logrado muchas cosas que yo no pude lograr.

–¿Cómo?

–Un buen trabajo, un apartamento grande... se ha podido dar muchos lujos. Y es que desde pequeños ella siempre lo afirmaba... recuerdo que decía que de grande iba a “salir adelante”, formar un hogar, subir como de “nivel”, dejar de ser “pobre”.



Nubia y Vladimir en la fiesta de 15 años de Nubia.

Mi papá dice que siempre se ha sentido frustrado de no haber logrado “muchas cosas” en la vida. Se compara con mi tía Nubia y no entiende el porqué ella “si pudo” y él no. Dice que tal vez sea su consumo o rasgos de personalidad, los que no le permitieron cumplir muchos proyectos y sueños.

Hacia finales de 1994, Vladimir continuaba con el negocio de las bolsas y de vez en cuando se dedicaba a la venta de otros productos, como delantales e implementos de cocina. Una tarde, en una esquina del barrio Quirigua, en Bogotá, conoció a mi mamá, Maribel. “Los dos estábamos trabajando ahí en la calle, vendiendo nuestros productos, ella vendía artesanías, collares, anillos, pulseras que ella misma fabricaba... me pareció interesante y le empecé a hacer la charla”.

Empezaron a salir y, más o menos al año, ella quedó embarazada. Mi mamá era joven, tenía 21 años y Vladimir tenía 32 años. Los dos entraron en shock ante la situación inesperada. Mi papá decidió llamar a mi tía y pedirle ayuda. Mi tía, que tenía un trabajo estable, lo tranquilizó y le dijo que los iba a apoyar con los gastos y mi cuidado. En pleno embarazo, mi mamá se fue a vivir con mi papá y con mi abuela, situación que no fue fácil para ninguno.

Maribel dejó las artesanías y encontró un trabajo de remuneración fija en una tienda de fotografía. Mi papá continuó con la venta de bolsas y mi abuela ya era pensionada. Entre los tres costaban los gastos del apartamento de Toberín, barrio en el norte de la ciudad, en el que pasé mis primeros años de vida. Mi tía, que, aunque no vivía en Bogotá, estaba pendiente de mi y mandaba dinero de manera quincenal o mensual.

Decido cómo preguntarle a mi papá como era todo en aquel tiempo. Qué tal la convivencia, qué había pasado con su consumo, cómo era su relación con mi abuela, con mi tía y ahora con mi mamá.

–Yo trataba de estar lo más pendiente de ti... Salía a trabajar, pero volvía temprano a la casa. En esos años siento que disminuí un poco el consumo.

–¿qué tal la convivencia?

–Un poco difícil. Mi mamá cansona como siempre, de mal genio. Había muchos roces entre ella y Maribel. Más que todo por temas de crianza, de cosas de la casa, como la cocinada, la limpieza... Mi mamá decía que Maribel no servía para nada, que no era una buena mujer.

–¿Y cuando la abuela se ponía así, tu que hacías?

–Pues no mucho, yo no me metía. A veces paraba a la abuela, pero no más. Además, yo nunca estaba como pendiente de esas cosas... Yo, pues trabajaba y llevaba el dinero que podía... Pero, a mí, tu mamá no me parecía una mala mujer.

–Las veces que he hablado con mi mamá sobre el tema, dice que esos tiempos fueron muy agotadores para ella. Que tu llegabas muchas veces borracho o bajo los efectos de alguna droga, que a veces te ponías violento, yo recuerdo algunas cosas, pero no con mucha claridad.

–Sí y no. O sea, yo si me tomaba mis tragos, de vez en cuando un porrito, pero no más. Lo que pasa es que ellas eran muy cansadas y todo era un problema. Si yo llegaba tarde, medio prendido de una vez tu mamá comenzaba a montarla y pues uno cuando no está en sus cinco sentidos se acelera y no mide sus palabras.

Siete años después de yo haber nacido, mis padres decidieron mudarse de apartamento por las constantes discusiones y quejas de los vecinos. La situación tenía que cambiar. Mi papá acostumbraba a llegar ebrio o bajo los efectos de alguna droga y se ponía agresivo, aunque él lo niega, nosotras recordamos aquellos momentos. Mi abuela ya estaba cansada, así que le pidió que se fuera. Sin embargo, insistió en que yo me quedara viviendo con ella por mi seguridad y tranquilidad emocional. No fue fácil, mis papás accedieron.

Se fueron a vivir a un barrio no tan lejos de nosotras. Poco a poco, fueron comprando sus cosas, con la ayuda de mi tía y abuela amoblaron su apartamento. Mi papá continuaba con el negocio del plástico. Nos veíamos más o menos dos veces a la semana, al igual que con mi mamá. Algunos fines de semana yo les visitaba y me quedaba a dormir allá. Recuerdo que tenían un VHS y el plan siempre era alquilar alguna película -casi siempre era Peter Pan- y verla. Durante las primeras visitas, mi papá estaba ahí con nosotras. Sin embargo, con el tiempo, yo me quedaba sola con mi mamá. Él, como en Toberín, empezó a llegar tarde o no llegaba en toda la noche. Se presentaban de nuevo las discusiones: mi papá llegaba en muy mal estado, casi sin poder caminar. Recuerdo que se acostaba a dormir y cuando se levantaba, como a las seis horas, mi mamá le reclamaba:

–Otra vez la misma mierda Vladimir...

–Pero ¿qué pasa? Si yo no estaba haciendo nada malo...

–¿No es malo dejarnos metidas como siempre? ¿irse a los excesos? ¿estar fumando todo el tiempo esa mierda?

–La verdad no le veo nada de malo... Tu me conociste así... Ya sabías como era...

–Pues sí, que cagada... Cagada haberme metido en esta mierda...

Cuando le pregunto en la actualidad a mi papá qué piensa de esos sucesos, me responde que ya no puede hacer nada por arreglarlos, que le da pesar con mi mamá, pero que no todo fue malo, que también hubo momentos especiales. A diferencia de nosotras, mi papá nunca ha percibido estas situaciones como graves y dolorosas, pareciera que para él fueran más superficiales, pasajeras... es así como lo menciona, no sé si sea como realmente lo piensa y siente.

“Yo, a tu mamá, le ayudé mucho... Trataba de darle buena calidad de vida... A pesar de que ella trabajaba, yo ganaba mucho más... Y siempre compraba buena comida, le compraba ropa, la invitaba a restaurantes, a darse gustos de vez en cuando... No todo fue tan malo como ella lo pinta...”

Gracias a esa ausencia de él estando en la cárcel, mi mamá se separó de mi papá. Ahí empieza la historia de otra de sus más fuertes recaídas.

En el 2004, dos años después de que mis padres se trastearan, a mi papá le empezó a ir bien económicamente. Se compró un Renault 4 y contrató un conductor para que se lo manejara. Recuerdo muy bien que salíamos seguido de la ciudad, íbamos a las afueras de Bogotá a comer algún postre. Él le decía a mi abuela y tía que el negocio del plástico estaba creciendo, que había logrado hacer alianzas en varios sectores de la ciudad.

En esa época me hacía feliz porque era detallista conmigo. Me compraba cosas que me gustaban, como libros, cuadernos para colorear, dulces... de hecho me regaló mi primera mascota, una fresh poodle de nombre Luna... la familia en general estaba tranquila, hablo por mi abuela y mi tía, pues todo parecía mejorar en cuánto a la vida de mi padre y su consumo.

Sin embargo, más o menos en el mes de julio, mi abuela recibió una llamada con la que le cambió su sonrisa y mirada. Era mi tía desesperada:

–Metieron preso a Vladimir.

–¿Por qué? ¿Qué pasó?

–Por vender droga... Le allanaron el apartamento y Maribel también está metida en ese bollo... no sé que hacer mamá, ya no puedo más con él y sus problemas.

–Tranquila hija, llamemos a Myriam.

–Sí, ya hablé con ella, vamos a ver cómo podemos solucionar.

Myriam es una amiga de mi tía de la universidad. Estudiaron juntas derecho y ella fue asumió la defensa de mi papá cuando lo detuvieron.

Mi papá duró en la cárcel dos años. Primero estuvo en La Modelo en Bogotá. Tiempo después, lo trasladaron para la cárcel de Santa Rosa de Viterbo en Boyacá. Cuando le pregunto sobre este tema se incómoda, parece que le da un poco de pena, tal vez también le duela. Sin embargo, está dispuesto a hablar y responder mis preguntas. “Haber estado en la cárcel no fue tan malo, aprendí mucho. Aunque mi mamá y Nubia pensaron que allá me iba a “curar” o dejar las drogas, no fue así... las cárceles no sirven para eso, todo lo de la resocialización es pura carreta”.

Entiendo que mi papá se refiere a que aprendió mucho por lo que vio en la cárcel. Aprendió a nivel de crecimiento personal, aunque también intelectual, ya que desarrolló varias actividades artísticas e intelectuales, como el teatro, la lectura y la cerámica. Sin embargo, existe una contradicción, pues a pesar de que él dice haberse enriquecido en estos aspectos, también afirma que la cárcel no sirve para que la gente cambié hábitos, como de delincuencia, violencia, entre otros. Respecto a esto, realiza una crítica hacia el Estado, pues menciona que en los centros penitenciarios hay hacinamiento, pocas condiciones de salubridad, además de entornos bastante conflictivos, pues hay quienes portan sus propias armas, expenden drogas, entre otras cosas.

– Consumir en la cárcel es normal... Allá se consigue de todo desde que uno tenga plata. De vez en cuando, me fumaba mis porritos y le jalaba al perico... Pero nada más allá de lo normal...

–¿Cómo fue vivir encerrado?

–Pues había momentos de todo tipo. Alegres, tristes, desesperantes, tranquilos. Nos trataban de mantener ocupados. Uno podía leer bastante... Había cursos de pintura, cerámica, madera... También se podía hacer deporte, sobretodo jugar fútbol... Teníamos otras labores, como limpiar las celdas, los baños, estar en la lavandería.

–¿Hiciste varios amigos?

–En realidad, no muchos. En la cárcel siempre hay que estar prevenido. Uno de mis pocos amigos fue Danilo, el mexicano. Él también estaba allá por vender drogas...

–Y, ¿sentías muchos deseos de salir a la calle? ¿de volver a la casa?

–Sí, a veces. Hubo varios momentos difíciles: de soledad, nostalgia. Pero, me alegraba mucho cuando la abuela o tu mamá iban a visitarme. Al principio, era cada ocho días... Después cada quince... Ya luego, tu mamá casi no iba... Se cansó, se aburrió de mí y yo no caí en cuenta de eso hasta que salí de allá.

En su relato sobre su experiencia en la cárcel, mi padre insiste mucho en la importancia del dinero. “Si no tienes plata no vas a vivir en plenitud, no vas a tener comodidades, ni amigos, ni aliados”. Menciona que, en ese tiempo, se manejaban unas tarjetas con recargas de cinco mil, diez mil, veinte mil, hasta 100 mil pesos, para llamadas. Según él, esas tarjetas eran supremamente valiosas, ya que servían para hacer canjes. Cuando él necesitaba un favor de algún guardia, compañero y demás, les entregaba una tarjeta de esas a cambio. Las tarjetas servían como un reemplazo del dinero en efectivo: permitían pagar deudas o favores. Servían también para comprar alimentos, ropa y hasta la droga. Las tarjetas se las llevaba mi abuela o mi mamá cada vez que lo visitaban.

Le digo que trate de hacer un retrato de las condiciones en las que vivió durante esos dos años. Me dice que la situación era terrible, marcada por el desaseo, el hacinamiento, el desorden, los robos, las riñas, la delincuencia y la violencia. Para él, la situación fue particularmente difícil, sobretodo en La Modelo. En la cárcel de Boyacá, las instalaciones eran diferentes, el funcionamiento interno también. Como lo dice mi papá, “no había gente tan mala, sí, algunos por robos, microtráfico, pero no como por asesinatos, violaciones, tortura o algo parecido”.

“Gracias a tu tía y a la abogada, Myriam, me lograron trasladar a Boyacá. Eso fue algo muy bueno. Mi mamá y Nubia siempre estuvieron pendientes de mí... Cada vez que necesitaba dinero o alguna ayuda me colaboraban...”

Para él fueron dos años “no tanto de estancamiento a nivel intelectual, porque si leía y aprendía cosas nuevas día a día, sino más bien de producción, o sea, a nivel monetario... me tocaba estar pidiéndole plata a mi mamá y a Nubia. Eso era bastante incómodo, es que ni un tinto me podría comprar con mi propio dinero”.

A finales de 2006, mi papá salió de la cárcel. Volvió a Bogotá y se encontró con un panorama diferente al que conoció antes de irse. Mi mamá ya no vivía en aquel apartamento en el que habían estado los últimos años juntos. Dos semanas después de que la Policía los allanara, tuvo que desalojar, sacar todas las cosas y ubicarse en otro lugar. Se fue a vivir donde una vieja amiga de la familia, quien le arrendó una habitación. Mi papá fue a buscarla a su nuevo hogar. Él me cuenta que cuando lo vio no se puso feliz, sino que más bien estaba seria, fría y un poco nerviosa. Lo saludó y le dijo que ya no podían continuar juntos, que su relación debía terminar por la salud emocional y mental de ella. Mi papá no lo entendía y comenzó a llorar desesperado. Le suplicaba que no lo

dejara, que no le hiciera eso. Pero ya era tarde, mi mamá estaba decidida y ya estaba empezando una relación con otra persona.

Mi papá tuvo que volver a vivir con mi abuela y conmigo. Pero solo se quedó con nosotras por unas semanas. Nos dimos cuenta de que aún seguía consumiendo y ya no era cada ocho días, sino casi todos los días. Empezó a descuidarse, se veía más delgado, desordenado, a veces sucio. Se la pasaba llorando, de mal genio, era muy agresivo. Mi abuela no le podía decir nada porque se alteraba. Respondía con gritos, golpeaba las paredes, tiraba las cosas contra el piso.

Nunca olvidaré un día que mi tía nos había visitado con su esposo. Estábamos desayunando los cinco en el comedor. Yo ya estaba lista para irme al colegio. Tenía 9 años y estaba como en cuarto de primaria. Mi tía le empezó a preguntar a mi papá que cuando iba a empezar a trabajar, que debía llevar dinero a la casa. Mi papá le respondió que no empezara a presionarlo, que le diera tiempo, que llevaba solo quince días de haber salido de la cárcel. Mi tía continuó reclamándole y diciéndole que él no servía para nada, solo para “fumar esa mierda”. Rápidamente, mi papá se paró, empezó a gritar como loco, empezó a maldecir y de repente, con un manazo, tiró todo lo que estaba encima del comedor: platos, pocillos, tenedores, etc. Uno de los pocillos, lleno de avena caliente, me cayó a mí, manchándome toda la falda del uniforme. Asustada, salí corriendo al baño y empecé a llorar. Mi abuela me limpió rápidamente, pues ya había llegado la ruta. Mi papá me tomó de la mano y me dijo: “Vámonos, no quiero estar más acá”¹².

–Esa fue la última vez que peleé de frente con Nubia. Después de ahí, conversábamos por teléfono lo necesario, no más.

–¿Qué sientes al recordar eso?

–No pues, me siento muy mal. Me da un poco de pena, sobretodo contigo y la abuela. Pero es que Nubia siempre ha sido muy cansona. Es tan intensa que llega un punto en el que uno se desespera y pierde el control...

–Esa vez sentí mucho miedo.

–Lo entiendo, pero yo jamás te haría daño a ti. Pues digamos que daño directo, nunca te gritaría o pegaría. Además, lo que pasó ahí es algo del pasado. Yo ya no suelo reaccionar así, ya soy más maduro. Ahora las circunstancias son diferentes...

¹² Esta escena, así como otras que he narrado, la reconstruí a partir de mis recuerdos. Tendría más o menos siete-ocho años, pero el momento fue tan impactante para mí, que lo recuerdo con mucha claridad.

Después de eso, mi papá se fue de la casa de mi abuela. Consiguió una habitación en arriendo como a tres cuerdas de nosotras. Empezó a trabajar de nuevo en la venta de bolsas de basura, pero su situación económica y emocional nunca más volvió a mejorar. La separación de mi mamá fue muy difícil para él. Terminó incrementando su consumo. Empezó a verse cada vez más viejo, decaído, enfermo. No trabajaba de la misma manera: se quejaba de que le dolían las piernas de tanto caminar ofreciendo las bolsas, se quejaba del sol, de que ya no tenía casi fuerza para cargar los paquetes. Y aún se queja, cada vez que hablamos me dice lo mismo, “la calle está muy dura... yo ya estoy muy viejo para andar en estas... me duelen las rodillas... ya se me acabaron los zapatos de tanto caminar”.

Se la pasaba llorando, se tornó más violento. Se alejó de algunos familiares y ellos también se alejaron de él. Perdió mucho de lo que tenía. Sin embargo, seguía siendo mi padre. Aunque no estaba en sus cinco sentidos, me visitaba, me consentía y, de vez en cuando, me escuchaba. Jamás se alejó de mí en cuerpo físico, pero a nivel emocional y mental sí sentí muchas veces su ausencia. Con el tiempo, fue perdiendo su nivel de coherencia. Se le veía con la mirada perdida, triste y sin ninguna esperanza.

Al recordar esto y al escribirlo se me llenan los ojos de lágrimas. El pasado duele, pero me duele aún más saber que nada ha cambiado y que tal vez nada cambiará. Y es que este cambio depende de mi papá, pero para él ya no hay reversa, ya no hay una vida en la que no consuma... él me lo dice constantemente “yo ya no voy a cambiar, yo ya no voy a dejar la droga... yo lo que necesito es aprender a vivir con mi consumo”.

Dos años después de haberse separado de mi mamá, conoció a Eliana, vecina del barrio en el que vivíamos. A mi papá le volvió a cambiar el semblante, se veía más alegre y entusiasta. Mi abuela y mi tía decidieron volver a ayudarlo, volver a darle una nueva oportunidad. Compraron un apartamento en Lijaca, un barrio también en el norte de Bogotá, y se lo dieron para que se fuera a vivir allá con su nueva novia. Le compraron unos muebles nuevos, cama, televisor, implementos de aseo y de cocina, lavadora, nevera, horno... mi papá estaba feliz, sentía que iba a ser un nuevo comienzo.

—Eliana fue mi última mujer. La quise bastante, pero las cosas tampoco se dieron...

—¿Cuánto tiempo duraron? ¿Como tres años?

—Sí, más o menos. Viviendo en el apartamento de Lijacá, como un año y medio. Lástima, porque ese apartamento era muy hermoso.

–¿Qué pasó?

–Nada, me tocóirme... mejor dicho, terminaron sacándome, tu abuela y tu tía.

–¿Por qué?

–Que, porque recibían muchas quejas de los vecinos y la administración, que mucho ruido y mucha fiesta, pero nada... las cosas tampoco fueron así.

–¿Entonces?

–Pues, o sea, si había peleas con Eliana y eran duras. Me acuerdo de que en varias ocasiones yo le boté la ropa por la ventana, pero es que ella conmigo era muy grosera, además de ser tenaz como mujer.

–¿A qué te refieres?

–O sea, le gustaba mucho andar de hombre en hombre, era tenaz en ese sentido. Muy infiel. Además, le gustaba mucho el alcohol y oler perico... siento que ella no fue una buena influencia para mí. Era muy cariñosa y detallista, pero de lo demás poco, con ella nos enfiestábamos mucho. De hecho, estando con ella siento que recaí bastante en mi proceso de consumo... en ese entonces decidí internarme, pero tampoco funcionó.

A raíz de lo que sucedió con Eliana, de su excesivo consumo y los pensamientos de desesperanza y suicidas, decide buscar ayuda.

Se interna en una clínica, que para esa época quedaba más o menos en la 116 con carrera 15, cerca al centro comercial Unicentro. Era un sitio grande, lindo, bien acomodado. El tratamiento le costó a mi tía harto dinero, aproximadamente 12 millones de pesos. Cada ocho días íbamos a visitarlo, mi abuela, mi tía y yo, y también asistíamos a las sesiones de terapia familiar, que eran más o menos dos por semana. Las citas eran bastantes incómodas porque se tocaban temas del pasado y presente, que eran sensibles y dolorosos. Para esa época yo tenía 14 años. Por lo general, su psiquiatra nos contaba sobre su evolución y también nos hacía preguntas sobre la relación que teníamos con él como familiares.

Recuerdo que la que más salía afectada era mi abuela, pues mi papá siempre la ha responsabilizado de su adicción. En su versión de los hechos, ella nunca le dio cariño, nunca lo escuchó ni estuvo con él. Para mi papá, mi abuela, en su infancia y juventud, no fue una buena madre.

Durante sus primeros días interno, Vladimir no podía recibir visitas de personas que no fuéramos nosotras. Un domingo, nos encontramos a Eliana en la puerta del Centro de Rehabilitación. Mi tía le dijo que ella no podía ingresar, pero mi papá sabía que ella estaba afuera y armó un escándalo. Empezó a gritar que él tenía derecho a verla, que ella también

era su familia. Los médicos le respondieron que no se podía, que más adelante, según sus avances, se lo permitirían. De repente, él subió a su habitación, cogió sus cosas y bajo corriendo, empezó a gritar que se iba, que ya no estaba dispuesto a seguir encerrado.

Yo le agarré la mano y le supliqué llorando que se quedara. Él se negó, me soltó y me dijo: “Perdóname, pero yo ya no voy a cambiar”.

Con mi tía y abuela quedamos muy tristes. Lloramos, nos abrazamos y mi tía dijo que nunca más quería volver a saber de mi papá.

–¿Qué pasó después de que te fuiste ese día del centro de rehabilitación?

–Nada... buscamos con Eliana un lugar para dormir, encontramos un hotel en el centro. Ahí duramos como dos semanas... Después nos separamos y nunca más volví a saber de ella. Que cagada porque no valoré ese tratamiento, además era costoso y bueno. Me dejé llevar de los impulsos, de mi abstinencia y las ganas por volver a consumir.

Después de Eliana, Vladimir jamás se volvió a casar ni ennoviar. En la actualidad vive en arriendo en una habitación en el Santa Fe, barrio de la localidad Los Mártires, que acoge diversos grupos de población, como desplazados, personas LGBTIQ+, migrantes y habitantes de calle¹³.

Llegó por primera vez al barrio Santa Fe más o menos en el 2011. En ese instante no nos hablábamos, duramos casi dos años sin vernos, ni llamarnos. Después de su salida del centro de rehabilitación perdimos contacto. Nos reencontramos cuando yo estaba como en segundo semestre de la universidad, en el 2013. Un día lo vi en un semáforo de la cuarta con quinta, en el Continental. Me le acerqué y lo saludé, se sorprendió mucho de verme. Hablamos como por 10 minutos y le dejé mi número de celular. Desde ahí no nos hemos vuelto a distanciar.

Su estadía en el Santa Fe y en el centro ha sido de retorno y permanencia. Aunque, durante los últimos años ha vivido por temporadas donde mi abuela o ha estado interno en otros

¹³ En el aspecto sociodemográfico se observa un espectro de poblaciones de características concretas y con necesidades igualmente específicas: personas en condición de desplazamiento, en ejercicio de prostitución, en situación de discapacidad, grupos étnicos, habitantes de calle y población LGTBI. Uno de los factores por los que estos grupos se sitúan en el barrio Santa Fe, es la gran cantidad de casas adaptadas como inquilinatos, donde se pueden encontrar habitaciones a bajo costo, que se pagan a diario, y donde no hay mayores restricciones para familias extensas (Plazas, 2013).

centros de rehabilitación, costeados por su EPS, siempre tiende a volver al Santa Fe. Esto cada vez que termina un programa y vuelve a recaer.

Actualmente, se queda en un hotel que no está en tan buenas condiciones, pero que tiene un precio económico: aproximadamente 20 mil pesos la noche.

Al llegar a la esquina de la calle 22 con Caracas, se encuentra una casa antigua de tres pisos, color azul rey. En la entrada hay una reja blanca y, detrás de ella, como a un metro, está la puerta. Para poder ingresar hay que tocar un timbre. El que maneja el inquilinato se asoma desde el segundo piso y si te reconoce te deja entrar. Don Eduardo ya sabe quien soy yo. Al subir me saluda con amabilidad.

–¿Cómo le ha ido hija?

–Bien Don Eduardo, vengo a buscar a mi papá.

–Aaaa.... si ya se lo llamo, y ¿cómo está su abuela?

–Bien, en la casa... Es mejor que no salga mucho...

–Sí, eso está bien...

“Vladimir lo buscan, aquí está su hija...”, grita don Eduardo con una voz fuerte y gruesa. A los cinco minutos, sale mi papá. Lo saludo y me dice que pase un momento a su habitación, que está terminando de empacar unas cosas. La habitación es pequeña, tiene más o menos 2.5 metros cuadrados. Huele a humedad, las paredes tienen grietas y no están tan limpias. Me duele el corazón, me siento mal.

–¿Qué pasa hija?

–Nada papá, el lugar...

–Sí, es deprimente...

–Un poco...

–Sí, pero nada que hacer. Yo he sentido varias veces que no pertenezco aquí, que me quiero ir... Pero hay que esperar... Hay que esperar a que se den las cosas y pueda mejorar mi estilo de vida... Volver a vivir bien, como antes...

Vladimir siempre dice que el Santa Fe es el peor lugar al que un consumidor puede llegar, pues es “el foco del comercio de sustancias ilegales, prostitución y violencia”, dinámicas

que, para él, son factores de riesgo para recaer o empeorar el consumo¹⁴. A pesar de ser consciente de ello, este barrio siempre ha sido su punto de llegada. Cuando él se ha quedado donde mi abuela, se transporta en el día al Santa Fe y cada vez que sale de rehabilitación y puede pagar un lugar para vivir, con la ayuda de mi abuela o de la pensión de mi abuelo, vuelve de igual forma al Santa Fe. Es como si ese barrio lo atrajera magnéticamente. Dice que no le gusta, que es horrible, que el ambiente es pesado. Pero siempre vuelve a allá, siempre se queda allá.

Cuando salimos del hotel, empieza a contarme de las personas que ha conocido en la calle o sobre situaciones que ve a diario y le gusta analizar, me mira y me dice que, a veces, se siente loco porque la gente con la que convive a diario no entiende de lo que está hablando. “La otra vez me puse a hablar con un vecino, aquí de la cuadra, sobre sistema educativo y, al final, me dijo que no había entendido nada de lo que yo le había dicho... Me pareció gracioso, pero a la vez extraño...”, menciona mientras se ríe.

Llegamos a una cafetería sobre la décima. Nos sentamos, él ordena pandebono y tinto, yo me pido un chocolate. Abre su maleta y saca tres libros. El primero, su favorito, *El Lobo Estepario*, de Herman Hesse, los otros dos son sobre periodismo, cómo se hace la entrevista en tiempos actuales y las cinco claves de un buen reportaje. Los abre, me lee algunos pedazos y compartimos reflexiones. Los cierra y me los pasa. “Por favor guárdamelos, aquí en el Santa Fe se me pierden o me los roban... es que yo acá no puedo tener nada de valor, ni siquiera puedo dedicarme a leer tranquilamente, mucho ruido dentro del hotel y también la calle”.

Volvemos al hotel, subo a despedirme de Don Eduardo. Mi papá deja unos implementos de aseo que compró en el cuarto. Bajamos las escaleras y salimos de nuevo. Lo abrazo y nos despedimos. Lentamente, él sube por la 19 hacia la séptima, yo lo veo irse, con su maleta abierta, con sus botas medio desgastadas, con sus bolsas en la mano, mientras espero el bus para mi casa. A pesar de que él recibe dinero de mi abuelo, él continúa vendiendo bolsas de basura, pues dice que la pensión no le alcanza para todos sus gastos.

Mi padre hace referencia, implícita o explícitamente – a desplazamientos. Desplazamientos en el espacio físico (que lo conducen una y otra vez al barrio Santa Fe).

¹⁴ En 2002, por medio del Decreto 187 el gobierno local definió un amplio sector del barrio Santafé como Zona de Tolerancia, una herramienta para delimitar geográficamente zonas específicas de la ciudad al intercambio económico-sexual y los negocios relacionados con este (Plazas, 2013).

Pero desplazamientos también en lo que Bourdieu llama el espacio social, y que permite jerarquizar y separar a las personas en función de sus condiciones materiales y culturales de existencia.

A manera de simplificación, se puede decir que las personas se distribuyen en el espacio social en función de los recursos – económicos, culturales y sociales – que poseen: arriba se encuentran los más dotados en “capitales”, y abajo los más desposeídos¹⁵ (Álvarez-Sousa, 1996). Ahora bien, mi papá identifica su consumo como algo que lo lleva directamente a las posiciones más bajas del espacio social, donde se ubican los que no tienen nada (porque nunca lo tuvieron o porque lo perdieron todo). Y, como lo muestra la conversación anterior, él me quiere demostrar que aquí no está su “verdadera” posición, ni en el espacio físico, ni en el espacio social.

Él reconoce la “caída” que ha tenido por culpa del consumo, pero él presenta el asunto como ligado a las circunstancias. De cierta forma, él quiere dejarme claro que el “verdadero Vladimir” pertenece a otro mundo (“*He sentido varias veces que no pertenezco aquí, que me quiero ir...*”). Su posición es ambigua, sin embargo, porque él sabe que no se puede abstraer tan fácilmente (“*Hay que esperar a que se den las cosas*”). Si él siente que no pertenece allí, de pronto, tampoco pertenece del otro lado.

En todo caso, es evidente que, para él, la cuestión de las distinciones sociales (en un sentido muy bourdieusiano) constituye un asunto fundamental. Como bien lo ha mostrado Pierre Bourdieu, las disposiciones de clase – que conforman el *habitus* y sobre las cuales se basan las distinciones – son incorporadas por las personas a lo largo de su trayectoria en el espacio social. Es decir, el *habitus* varía en función de las condiciones de existencia y se traduce de manera muy concreta: el sentimiento de pertenecer a un grupo determinado, el hecho de desarrollar actividades propias de ese grupo, de tener ciertos patrones de consumo y modos de vida.

Es muy importante resaltar aquí que, para Bourdieu, las distinciones sociales no dependen únicamente de las desigualdades económicas y materiales, sino también de las diferencias culturales (ligadas en particular a la cercanía con la “legitimidad cultural” y a la posesión de títulos escolares). Esta tensión es relevante para entender la historia de mi papá (y de

¹⁵ Existe también una división horizontal que permite distinguir los que tienden a poseer más capital económico y los que tienden a poseer más capital cultural. De este modo, Bourdieu resalta la importancia tanto del volumen como de la estructura de los capitales poseídos.

las personas de clase media que, por culpa de su adicción, han conocido procesos de caída social). Mientras que el capital económico puede desaparecer totalmente en situaciones de crisis, el capital cultural – que se manifiesta en asuntos como el lenguaje, los conocimientos y las habilidades, los gestos, la forma de vestir, de comer, etc. – se puede conservar más fácilmente. Así, en el caso de mi papá, el consumo de sustancias psicoactivas ha generado una pérdida casi-total de sus recursos económicos (él sobrevive únicamente gracias a la solidaridad de la familia y a la pensión de mi abuelo), pero algunos de sus recursos culturales han podido perdurar en el tiempo.

Si miramos el conjunto de disposiciones que mi papá ha adquirido a lo largo de su proceso de socialización, evidenciamos cierta complejidad. Por un lado, nadie podrá negar que él ha tenido la experiencia de la desposesión y de la pobreza.

Su madre tuvo que responder sola por sus dos hijos, en un contexto de grandes dificultades, tanto materiales como emocionales. Pero, como lo hemos visto también, la familia ha tenido un proceso de ascenso social paulatino, que ha permitido que mi abuela tuviera posiciones profesionales cada vez más sólidas (en el Ministerio de Defensa). De este modo, sus hijos han podido acceder a la educación universitaria privada, la cual debía ser la puerta de entrada a la clase media estable. Ahora bien, si fue el caso de mi tía, quien se convirtió en abogada, luego juez penal militar, mi padre nunca logró establecerse profesionalmente. Él parecía estar permanentemente sometido a una tensión entre dos fuerzas: la primera lo atraía hacia la clase media mientras que la segunda lo empujaba hacia las posiciones más precarias del espacio social.

Esta imposibilidad de encontrar una posición cómoda – tanto en el espacio físico como en el espacio social – ha sido para él una fuente permanente de frustración. Como profesional y como miembro de una familia que ha accedido a las fracciones estables de la clase media, él siente que él merece “vivir bien”. Pero él sabe, al mismo tiempo que, por su adicción, le es difícil mantener una estabilidad de manera duradera. Los “bajos fondos”¹⁶ parecen ejercer sobre él una atracción incontrolable. De este modo, podría describir a Vladimir como una persona cuyo habitus se encuentra “fracturado”. Por un

¹⁶ “Aquellos tugurios, cours des Miracles, asilos de noche, presidios, todos estigmatizados por una propensión natural a hundirse, en un movimiento siempre descendente” (Kalifa, 2018). Es decir, en donde se reunía el crimen, la miseria, el vicio y la violencia en la triada de ciudades que mejor encarnaron el espíritu de la modernidad capitalista decimonónica, como París, Londres y Nueva York.

lado, se caracteriza por tener una serie de disposiciones que lo acercan del grupo social al cual pertenece su hermana (y su hija): la clase media con educación universitaria. Por otro lado, su experiencia regular en la calle le ha marcado de manera duradera, tanto en su cuerpo como en su mente.

Estos han sido sus últimos diez años: la venta de bolsa en semáforos de Bogotá, el consumo excesivo, los internamientos continuos en distintos centros de rehabilitación y las hospitalizaciones por intoxicación de sustancias en la Clínica Psiquiátrica de La Paz¹⁷.

–“Yo sé que a mí ya no me quedan muchos años de vida y los últimos quiero vivir tranquilo, solo, sin ninguna mujer a mí lado, disfrutando el estar solo. A mí edad, estoy más que seguro de que ya no podré dejar la droga... Trato de mantenerme bien, cuerdo... Por eso leo mucho... Pero no me puede faltar mi baretica... De vez en cuando el traguito... Y pues lo más importante es que las tengo a ustedes: a ti y a mi mamá”



Laura, Vladimir y Marina celebrando año nuevo. 2019.

Los acercamientos que he tenido a los tratamientos de rehabilitación en los que ha participado Vladimir, han sido desde el papel y la mirada del familiar del paciente adicto, lo que me ha permitido reconocer que hace falta una mirada antropológica y social dentro de estos procesos. Según Manuel Moreno (2018), los cuidados desde la mirada antropológica se basan en el reconocimiento del “otro”, por ello es importante introducir este aspecto en el modelo biomédico, en el tipo de relación que hay entre el profesional y el paciente. Siendo así, se propone que los tratamientos biomédicos empiecen a tener en cuenta a profundidad quién es el paciente, cuáles son sus condiciones socioeconómicas, cuál es su género, cuál es su nivel educativo, qué recursos tiene a su disposición.

¹⁷ La Clínica de Nuestra Señora de la Paz está ubicada en Bogotá D.C. Allí han atendido a mi papá desde hace más o menos 10 años en todo el tema de su adicción. La Institución maneja un programa de rehabilitación que se llama REDES, el cual Vladimir ha realizado tres veces.

Recuerdo que cuando asistía a los talleres, sesiones y socializaciones en la Clínica de la Paz, más o menos el 10 por ciento de los pacientes del tratamiento eran mujeres. Y según las estadísticas institucionales que he revisado, en Colombia, la población masculina es la que más presenta problemas de drogadicción. Con base en esto, decidí preguntarle a una trabajadora social del programa de REDES si manejaban enfoque de género en el tratamiento, a lo que me respondió que no. Me pareció muy extraño, pues siento que todas las situaciones particulares que nos afectan como individuos, se desencadenan de factores sociales o “macro”, como lo es la violencia de género, la pobreza, la migración, etc. Pero con esto no quiero proponer que en los sistemas de rehabilitación se trate de identificar estos factores que causan la adicción (porque eso ya se ha hecho), sino que se incluyan como parte fundamental del proceso, que sean transversales al tratamiento. Realizar, tal vez, grupos focales o espacios diferenciados por género, edad, hasta por tipo de sustancia, pues las connotaciones tanto psicológicas, emocionales, como sociales cambian dependiendo de estas categorías.

Por ejemplo, a mi papá le costó admitir que consumía bazuco y por muchos años lo negó. Cuando le pregunté la razón, me dijo que el bazuco era una droga que se asociaba a la pobreza, a la delincuencia, a lo “más bajo” dentro de las clases sociales. Y en parte tiene razón, en los imaginarios sociales, se cree que el bazuco solo es consumido por habitantes de calle, cuando casos particulares, como el de mi papá y el de su amigo Rodrigo, demuestran que no es así.

Capítulo 2

“Él nunca ha sido mi padre y yo nunca he sido su hija”: hablemos de roles transgredidos y la carga del cuidado

“La individualidad de cada ser se ve abrumada por la familia, institución autoritaria que le oprime y controla con la excusa de amarle”.

—César Augusto Tapias, *Historias de familia: etnografía delirante sobre el amor, la violencia y las drogas.*

Mis primeros recuerdos los situo en Toberín, un barrio al norte de Bogotá. Vivíamos mi papá, mi mamá, mi abuela y yo en un conjunto cerrado, en el que los edificios eran de color vino tinto y café claro. El apartamento era el 101, tenía dos habitaciones, un baño y una cocina pequeña. En el cuarto que daba hacia la calle dormíamos mi abuela y yo, en el otro, mi mamá y mi papá. La decoración era un poco anticuada, los muebles de madera, las camas con su respectivo tocador al frente y las colchas de estampados de flores o tejidas en tela “tipo galleta”.



Laura en la fachada del apartamento de Toberín. 2003.



Laura en la sala del apartamento de Toberín. 1999.

Allí, en esa casa, cuando tenía cinco años solía tener un sueño repetitivo que me despertaba en la madrugada sudando. En el cual, el apartamento se llenaba de ratas que ocupaban todo el piso. De hecho, ya no podían ni caminar y empezaban a subirse a los muebles, al comedor, a las mesas de noche y a las camas. Siempre me despertaba en el momento en que las sentía recorriendo mi cuerpo y una de ellas me mordía. Ahí mismo

pegaba el grito. Eran gordas, grises, sucias. Mi abuela me tranquilizaba, me decía “fue solo un sueño”, me abrazaba y yo volvía a quedarme dormida.

Posteriormente, cuando tenía alrededor de 10 años, en un computador portátil que me regaló mi tía, decido buscar el significado de este sueño. Encuentro una página medio esotérica, con apariencia oscura y un poco terrorífica, en la que decía que soñar con ratas es una alerta. Si te muerden significa enfermedades que te pueden afectar a ti o algún familiar, si son muchas significa una pérdida importante de dinero, además de tener problemas graves en el trabajo. El sueño tenía intrínsecamente relación con lo que estaba viviendo: un padre enfermo¹⁸, adicto a las sustancias psicoactivas, al que se le hacía difícil sostener y cuidar de una familia. Esta situación me generaba miedo, así como me dan miedo las ratas.

En las noches de mi infancia escuchaba a mis papás pelearse a gritos y golpes. De vez en cuando mi abuela intervenía pidiéndole a Vladimir que se calmara, que dejara a mi mamá tranquila. Supongo que para él era difícil manejar la situación, pues estaba alcoholizado o bajo el efecto de alguna otra sustancia. Los vecinos se estremecían y llamaban a la Policía. Cuando llegaba se llevaba a mi papá y, rato después, él volvía a la casa, calmado y arrepentido. Esta escena se repetía una, dos, hasta tres veces por semana.

Le pregunto a mi mamá si mi papá siempre fue así. Me dice que no, que fue cambiando con el tiempo.

–El hombre que yo conocí, a primera vista, era caballeroso, trabajador... pero con las drogas se fue convirtiendo en una persona agresiva y violenta... en varias ocasiones me golpeó, llegaba a la casa tarde y en un estado lamentable.

–¿Qué crees que era lo que consumía?

–Para mí, de todo. Alcohol, marihuana... hasta bazuco.

–¿Bazuco? ¿segura?

–Sí. Yo lo ví muchas veces fumando eso... sé que era eso por el olor, olía como a basura. Y pues no solo el olor, sino por lo que pasaba después. Se le torcía la boca, se le torcían los ojos. Pasaba en un minuto de la euforia a la angustia extrema. Era tenaz.

–¿Te daba miedo?

¹⁸ Yo veo la adicción de mi padre como una enfermedad, debido a que su cuerpo se ha visto alterado y afectado por su consumo. Ha perdido varios dientes, su hígado y estomago no están sanos, tampoco sus articulaciones. Ha sufrido fuertes alteraciones en el cerebro, la más grave, esquizofrenia. Para mí, la adicción es una enfermedad, simplemente por el hecho de afectar las rutinas diarias de la persona como, bañarse, lavarse los dientes, alimentarse, mantener conversaciones, hasta relaciones interpersonales.

–Mucho. Soy consciente de que estaba con un loco. En esos estados varias veces amenazó con matarme.

Aunque mi mamá dice que fue la droga la que volvió agresivo a mi papá, mi tía sostiene lo contrario. Desde que eran pequeños, Nubia recuerda a Vladimir como una persona violenta, que pedía las cosas a gritos, que hacía pataleta cada vez que no le cumplían un capricho. “Obvio que con la droga se volvió peor, pero él siempre fue así, de mal genio, grosero... un patán completo”, menciona.

Ahora que tengo 25 años y hago este proceso de remembranza y reconstrucción, siento un nudo en el estómago. Vuelvo a abrir las heridas que he tratado de cerrar a lo largo de estos años. Visualizo una Laura pequeña en medio del pasillo del corredor de aquel apartamento: todo está oscuro, pero se oyen gritos y llantos. Mi papá se acerca y me alza, me dice que todo va a estar bien. Le siento un olor raro, mi abuela y mi mamá entran detrás de él, mi abuela le dice que por favor me baje que me puede dejar caer. Él me pone en el suelo, entra la Policía, lo coge de brazos y se lo lleva. Toda la casa queda en silencio.

Ese silencio incómodo ha estado presente a lo largo de los años en mi familia. Ese silencio ligado a la vergüenza y al dolor. Nadie habla de mi papá, nadie pregunta por él, ni mi tía, ni mi hermano, ni mis primos, ni mi mamá... solo mi abuela. Es un tema que no se toca. “¡Eso no se cuenta!”, repite Marina y Nubia cada vez que me escuchan hablando con alguien sobre Vladimir. Pero el sol no se puede tapar con un dedo, Vladimir existe, no está muerto, al igual que su situación de consumo.

En Colombia, a mediados del siglo XX, Virginia Gutiérrez de Pineda (1963), observa que la familia nuclear cambia a otro tipo de organizaciones como el madresolterismo. Este cambio en la organización familiar traer consigo una fuerte carga moral para las mujeres que empezaron a criar a sus hijos/as solas (Hernández C. A., 2014). Mi abuela fue muy criticada, primero porque Salvador la abandonó con dos hijos, y segundo, por mi papá, quien cayó en el consumo desde muy joven, lo que significó para los otros una muestra de desprotección y mala crianza por parte de ella como mujer y madre.

Pero, yo poco a poco he ido derribando ese silencio. De niña era especialista en callar o en inventar historias, todo porque sentía que no contaba con una familia “tradicional”¹⁹. Ni mi papá, ni mi mamá cumplieron con lo que yo esperaba de ellos en mi infancia. Su ausencia en mis cumpleaños y eventos como mi primera comunión, confirmación y grados académicos, su falta de acompañamiento, de atención, me hicieron sentir abandonada. Muchas veces me pregunté el por qué mis papás eran así, ausentes, el por qué nuestra relación era tan diferente a las relaciones de otras niñas con sus padres.

Acostumbrada a tener amigas con familias, en las que los padres estaban al tanto de su crianza, me sentía diferente y desencajada o fuera de contexto. Mi abuela era la persona que siempre asistía a las reuniones escolares, la que siempre me ayudaba con las tareas, me llevaba al médico y cuidaba de mí. Era la que se presentaba como mi tutora o acudiente, y siempre llamaba la atención, pues mis profesores preguntaban por qué mis padres no asistían a las reuniones, ni a las entregas de notas. Vladimir no asistía porque, según él, estaba ocupado, trabajando en la venta de bolsa. Yo creo que no le interesaba y también creo que su ansiedad por consumir tampoco se lo permitía. Maribel trabajaba bastante, recuerdo que mi mamá hacía turnos de casi 12 horas en supermercados, manejando la caja registradora y a veces organizando los productos tanto en bodega como en estanterías. Las reuniones escolares eran entre semana, así que, por temas de horario, no podía asistir. En cuanto a las reuniones familiares, mi mamá si estaba presente, pero muchas veces fue invisibilizada por mi abuela y mi tía.

–Siento que Nubia y doña Marina nunca me permitieron ejercer mi maternidad. Desde que quedé embarazada ellas se impusieron en mi modo de hacer las cosas.

–¿Cómo así?

–Sí, no me dejaron criarte libremente. Para tu abuela todo lo que yo hacía estaba mal, la cocinada, la limpieza de la casa, el cómo te vestía y te peinaba, siempre me criticaba. No es una excusa, pero si fue muy difícil mantener una relación cercana contigo cuando eras niña. Ellas siempre estaban metidas ahí, entre nosotras.

–Debió haber sido muy incómodo.

–Un poco... pero en medio de tanto caos y disfuncionalidad, estoy agradecida por todo el apoyo que ellas te han brindado.

¹⁹ Se entiende por familia tradicional a una pareja heterosexual, con hijos y con roles bien definidos (Pérez, 2017). Por ejemplo, el padre cumple el rol de líder, protector, proveedor, algo supremamente diferente a lo que era mi papá.



Marina, Laura y Nubia. 1999.



Marina, Laura y Maribel. 2007.

Cuando me preguntaban por mi papá, por su profesión, por dónde estaba y demás, inventaba algo o permanecía en silencio. Prefería decir que estaba fuera del país, en vez de decir “mi papá es adicto por eso no puede o no quiere venir a mis cumpleaños, ni presentaciones escolares”. Cuando me preguntaban por mi mamá, simplemente respondía “es comerciante”. En este momento caigo en cuenta que también me avergonzaba su trabajo, seguro por el contexto en el que crecí. Estudié en un colegio privado y de monjas. Recuerdo que la matrícula y la pensión eran costosas. Yo podía estudiar ahí porque mi tía podía pagarlo, pero el hecho de que mis papás no tuvieran solvencia económica me hacía sentir como mosco en leche. Todo era muy incómodo, aparte de extraño, porque había muchas cosas que a esa edad no entendía.

En especial, no entendía por qué tenía un papá con dos facetas tan pronunciadas, una violenta y otra amorosa. Violenta en sus estados de consumo excesivo, amorosa en sus estados de sobriedad y limpieza.

Vladimir muy pocas veces ha estado sobrio por un largo tiempo, yo diría que máximo cuatro meses (estando en programas de rehabilitación) y es en ese momento de “cordura” en los que me escucha y parece que me entiende. Cuando su consumo es constante e incontrolado, se pone ansioso, habla rápido, no deja que los demás opinen, no escucha y parece que lo único que le importa es el dinero. Dinero, que, de acuerdo con mi experiencia, supongo que es para comprar droga. Algunas veces, cuando me veo con él, es especialmente para eso, para darle dinero. No me deja ni hablar. Me pregunta como por decencia: “¿Cómo has estado?” Cuando le empiezo a responder, su mirada se pierde, no dice nada, solo asiente la cabeza. De un momento a otro, empieza a decir que “la

situación está muy dura, que el dinero no le alcanza, que el trabajo está difícil, ¿cuánto tienes? ¿cuánto me puedes dar?”. En eso se resumen la mayoría de nuestros encuentros.

Siento que él no me conoce, no sabe lo que me gusta, no sabe a lo que me dedico, ni lo que añoro para mi futuro. Nunca recuerda mis cumpleaños, tampoco le importa si me enfermo, si estoy triste, si estoy feliz.

Cuando cumplí 18 años, ya estando en la universidad, fue cuando Vladimir empezó a pedirme plata. Era sagrado que cada vez que nos veíamos tenía que darle al menos dos mil o cinco mil pesos. De hecho, podría afirmar que nuestra relación es netamente monetaria. Vladimir lo niega, dice que somos familia, que hay un vínculo más allá del dinero, pero para mí esto no es cierto y menos en la actualidad que estoy a cargo de su pensión.

En el 2017, mi papá fue declarado interdicto²⁰ y beneficiario de la tercera parte de la pensión de mi abuelo, ya fallecido en el 2015. Quien quedo encargada de administrarle ese dinero fui yo, como su tutora a nivel legal. A partir de ese año, adquirí la responsabilidad de pagarle la mensualidad donde vive, de comprarle lo que necesita, de entregarle una especie de “mesada” una vez por semana. La situación es realmente desgastante, pues es como si tuviera un hijo pequeño, un hijo que jamás decidí tener.

Nuestros roles se han transgredido. Mi papá nunca ha sido mi papá y yo nunca he sido su hija. Desde muy pequeña tuve presente que no valía la pena buscar a Vladimir para que me escuchara y me brindara ayuda con algún problema, irónicamente, él sería quien se acercaría para contarme sus tristezas, decepciones, para quejarse y recibir soluciones de parte mía.

Siendo niña, más o menos a los 9 años, una tarde íbamos caminando por las calles de Toberín y en la esquina del parque, mi papá se detuvo y empezó a llorar. Yo quedé

²⁰ La interdicción es el proceso mediante el cual se declara judicialmente la incapacidad absoluta o relativa de una persona mayor de edad para el ejercicio de sus derechos. El Código Civil colombiano establece que esta declaración de incapacidad sólo puede realizarse en razón de la existencia de una deficiencia intelectual, mental u de otro tipo que afecte la capacidad de una persona para tomar decisiones (Ley 1306 de 2009). En nuestro caso, fue medicina legal la que declaró que mi papá sufría de esquizofrenia debido a su prolongado consumo de sustancias psicoactivas, dos años después de ello una juez ordenó que yo sería su tutora y que mi papá sería el beneficiario de la pensión de mi abuelo, quien falleció en el 2015 (Vallejo Jimenez , Hernandez Rios, & Posso Ramirez, 2017).

pasmada y después de unos segundos le pregunté qué le pasaba. Me miró y me contó que mi mamá lo había dejado por alguien más. Lo abracé y le dije que tenía que seguir con su vida. Se secó las lágrimas, sonrió y seguimos caminando hacia la casa.

Todos estos momentos me conflictúan un poco. El hecho de que sea yo, desde temprana edad, quien escuche y reconforte a mi padre y no él a mí. Trato de ponerme en sus zapatos y entiendo que para él es muy difícil llevar una vida dentro de lo que se considera como normal²¹. Y dentro lo normal enmarco todos esos hábitos y roles que la mayoría de las personas cumplimos día a día, como bañarse, lavarse los dientes, salir a la calle, tener pareja, un trabajo. Actividades que para muchos son básicas y esenciales, pero que para Vladimir no lo son. Mi mamá no dejó a mi papá por alguien más, lo dejó por su consumo, por cómo él era.

A los 7 años, cuando vivía solo con mi abuela, debido a que mis papás se habían mudado a otra casa, empecé a llorar desenfrenadamente y a gritar que extrañaba a mi papá, que me hacía falta, que quería verlo y estar con él. Cuando mi abuela me vio así, corrió a tranquilizarme y a decirme que Vladimir estaba de viaje, pero que pronto estaría de vuelta, cosa que era mentira. Mi papá ni estaba de viaje, ni volvería pronto. Estaba en la cárcel, pagando una condena de seis años, que después le redujeron a dos por “buen comportamiento”.

–Lo de la cárcel fue algo tenaz. Con decirte que a mí también me iban a meter a la cárcel, me cuenta Maribel.

–¿Cómo así? ¿Por qué?

–Porque Vladimir tenía el negocio ahí en el apartamento de Prado, donde nos fuimos a vivir después de Toberín. Como vivíamos juntos, pues era evidente que yo sabía que él andaba en eso, es más, hasta me acusaron de que yo también vendía y hasta producía.

–¿y entonces? ¿qué pasó?

–Nubia me ayudó. El día que allanaron el apartamento nos llevaron a los dos. A mí me dejaron una semana encerrada, mientras que se probaba que yo no tenía nada que ver. Esos días fueron muy duros, ahí me dije a mi misma: Maribel ya no más, tienes que acabar con esto.

–¿Después qué pasó?

²¹ (Morcillo, Rodrigo, & Montoya, 2004) mencionan que la pregunta ¿cómo identificar a un adicto a las drogas? Siempre se responde recurriendo a ciertas “desviaciones” de lo que se considera una vida sana y normal, como abandonar los estudios, conflictos en el seno familiar, incapacidad para cumplir con responsabilidades, distracción, cambios en los hábitos de higiene y alteración de la apariencia personal. Por ello, Vladimir es situado comúnmente en la anormalidad.

–Logré salir y monté el local de celulares. Iba de vez en cuando a visitar a tu papá a la cárcel, después no volví. Me cansé de su debilidad, de su falta de carácter, siempre llamando a alguien para que le resolviera los problemas. Diferente a Nubia, a quien siempre he admirado por ser una mujer que consigue lo que quiere.

Mi tía y mi papá son como el agua y el aceite. Recuerdo que cuando era adolescente y me ponía triste porque alguna amiga no me volvía a hablar o porque el muchacho que me gustaba no me prestaba atención, mi tía me decía “eso no son verdaderos problemas hija. Debes continuar...” endurecía el tono y repetía “no vaya a salir como su papá, que no pudo hacer nada en la vida. ¡NO! Usted tiene que ser verraca, mirar para adelante y no dejarse de nadie... así como yo, que a pesar de las adversidades me he levantado”. Me molestaba un poco la comparación con mi papá, la verdad no venía al caso, pero, así fue siempre. Además, esa creencia de “poder con todo” nos ha pesado a las mujeres de mi familia.

Mi abuela nació en los años 40, en una familia humilde de origen campesino, numerosa como era la costumbre de las familias de la época; conformada por 9 hermanos, siendo mi abuela la segunda en nacer. Ella, desde muy pequeña, se encargó de sus hermanos menores, de las labores del hogar y después de sus hijos, en especial, de mi papá.

Su primaria y bachillerato los realizó en San Antonio del Tequendama, municipio de Cundinamarca. Su secundaria la estudió en un colegio internado en Bogotá, por lo que fue educada de una manera rigurosa, estricta, caracterizada por los castigos físicos. Como era costumbre “a las mujeres se les enseñaban tareas del hogar, tejer, bordar y cocinar; mientras que a los hombres se les educaba en las tareas del campo”.

Al terminar sus estudios y cumplir los 19 años decidió independizarse con la esperanza de forjarse un mejor futuro.

En San Antonio conoció a su primer novio, mi abuelo Salvador, a los dos años de relación y estando ya en Bogotá, queda embarazada de mi tía Nubia, un año y medio después nace mi papá, Vladimir.

–Me tocó empezar a trabajar hijita, para sacar adelante a su tía y su papá; me tocó duro, prácticamente críe a su papá y a tu tía sola. Realicé unos cursos en tipografía y secretariado, que me permitieron conseguir trabajo en el Ministerio de Defensa. Fui ahorrando y poco a poco pude arreglar la casita del Restrepo, ya después pude comprar mi propio apartamento, allá en Toberín.

Yo identifico a mi abuela con el valor de la lealtad. Nunca ha dejado solo a Vladimir, es más, siento que lo ha sobreprotegido y justificado. A veces pienso que mi abuela nunca hizo su propia vida, es decir, nunca se propuso vivir una historia independiente a mi abuelo, ni a sus hijos. La mayor parte de su tiempo está pendiente de Vladimir, todas la veces que hablamos me pregunta por él: “¿ha hablado con su papá? ¿ya lo llamó? ¿qué le ha dicho? ¿Hoy donde está? ¿Si estará juicioso?... hace mucho no sé de él, voy a llamar a Don Eduardo”.

El contacto entre ellos es mínimo, pues siempre que se ven resultan peleando, específicamente, por cómo mi papá decidió vivir su vida. “¿Cuándo va a cambiar? ¿Cuándo va a ser persona de verdad?”, termina diciendole Marina a Vladimir cada vez que discuten. Por esa razón, yo sirvo como puente entre ellos dos, una responsabilidad más.

La familia es un micro-universo de la sociedad (o reflejo de esta) que se compone de un conjunto de interacciones, de asociaciones entre sujetos y de relaciones sociales (Hernández C. A., 2014). La familia es la primera institución con la que el individuo se relaciona, funciona como un eje de desarrollo humano, pero a la vez de construcción del individuo. También es una institución de control, en la cual se establecen unas reglas y modelos a seguir, y en la cual se plantean correspondencias entre el individuo y sus seres queridos. Siendo así, Marina espera acciones y comportamientos de Vladimir, como el vestir “bien”, actuar “decentemente” o el “ser una persona de verdad”, todo en base a lo que ella ha conocido como normal o socialmente correcto. Así, Vladimir espera siempre un apoyo por parte de Marina, una protección y un resguardo, lo que ha conocido como las responsabilidades de ser mamá.

Los padres o quienes nos crían o cuidan siempre esperan agradecimiento. Los padres siempre proyectan a sus hijos de acuerdo con sus creencias, gustos, sueños o metas. Y cuando esto no sucede, se presentan diversas emociones, como la frustración, decepción, la ira y tristeza.

Sé que mi abuela siente culpa por la situación de mi papá. Ella me lo ha expresado, con lágrimas en los ojos. Le digo que no se preocupe, que cada quien es dueño de su propio destino. Me duele verla triste.

–Sí, es cierto que mi mamá fue muy dura con nosotros de pequeños, pero no sé. Míreme a mí, yo también sufrí, pero nunca me refugié en estar consumiendo y probando cosas, explica Nubia.

–¿Alguna vez mi papá te dijo que consumieras?

–Sí, en la casa de El Restrepo. Estábamos en el patio y él sacó un cigarrillo de eso, de marihuana. Se me acercó y me dijo que fumara, que la vida así era más llevable. Lo miré y le dije que cómo se le ocurría, que a mí eso no me gustaba.

–¿Qué te dijo?

–Que yo era una amargada y aburrida. La verdad no me importó, yo sabía que eso no llevaba a nada bueno.

–¿Tu sabías que él consumía más sustancias aparte de marihuana?

–Pues al principio no. Ya después si supe porque es que no eran normales sus actitudes. Se ponía muy agresivo de un momento a otro, también ansioso o se “deprimía”... con el tiempo me enteré por Maribel que él consumía más cosas, no era solo marihuana.

Al igual que mi abuela, mi tía se encargó de cuidar a su hermano, Vladimir. La ausencia de mi abuela en el hogar por temas laborales, obligó a Nubia a asumir el rol de cuidadora y ama de casa a muy temprana edad. Ella siempre me ha dicho que su infancia no fue tan feliz, por el contrario, dice que estuvo llena de momentos difíciles, de responsabilidades de adultos.

“Esas responsabilidades de cuidado, de estar pendiente de su papá, de prepararle la comida, de ayudarle con las tareas, despertaron en mí un poco de rencor, sentía que mi mamá tenía una especie de favoritismo hacia él. Me preguntaba por qué yo y no él se encargaba de esas cosas o por qué no los dos, en labores divididas”.

Mi tía hace parte de las cifras que reflejan la desigualdad de género en muchos hogares. Las hijas mujeres, desde niñas asumen responsabilidades tan importantes como lo es cuidar y responder por otro familiar. Una tarea que debía depender totalmente de los padres, pero que debido a las circunstancias, le tocó asumir a mi tía, a pesar de llevarse solo un año de diferencia con Vladimir.

En el informe titulado *Harnessing the Power of Data for Girls: Taking stock and looking ahead to 2030*, la UNICEF afirma que las niñas entre 5 y 14 años dedican un 40 por ciento más de tiempo que los niños de su edad, en realizar tareas domésticas no remuneradas (UNICEF, 2016).

Como resultado, las niñas sacrifican oportunidades tan importantes como aprender, crecer y, simplemente, disfrutar su juventud. Además, esta distribución desigual de tareas entre los niños y niñas perpetúa los estereotipos de género y la doble carga que soportamos las mujeres y las niñas generación tras generación.

–Yo no solo veía las desigualdades en las labores del hogar, sino también en la distribución de la casa, menciona Nubia.

–¿En qué sentido?

–Sí, por ejemplo, en la casa solo habían dos cuartos, a mí me tocó compartir siempre con mi mamá, mientras que Vladimir tenía un cuarto solo para él.

–¿Y le preguntaste alguna vez a mi abuela el por qué?

–Sí. Me respondía que era porque las dos éramos mujeres y él hombre. Que él tenía que tener su propio espacio, mientras que nosotras si podíamos compartir.

–¿y con las demás cosas? ¿con la ropa, con el estudio?

–Pues la ropa si la compartíamos, siempre fuimos de textura similar, así que éramos la misma talla. El estudio pues, yo estudié siempre en instituciones públicas y él en privadas... a él no le gustaban los colegios distritales y demás, pero yo si me adaptaba rápido. Siento que él siempre fue quisquilloso con eso... es que mi mamá lo sobrepotegía hartísimo. Yo siempre he sentido que ella tiene favoritismo por los hombres.

–¿Por qué lo dices?

–Porque a mí siempre me hacía sentir mal como por ser mujer... que tuviera cuidado, que donde me llegara a embarazar me echaba y nunca más me volvía a hablar, que tuviera la casa arreglada, que fuera ordenada y pulcra, que eso daría buena imagen de mí... digamos a mí no me dejaba salir con amigos, a su papá si.

En una de las entrevistas que realicé para esta investigación, mi abuela me cuenta que no tiene ni un sólo recuerdo de su padre siendo cariñoso con ella. Al parecer, en su casa, todos le tenían miedo porque siempre estaba gritándoles y pegándoles, sobretodo a su mamá. “En esa época los hombres creían que pegarle y maltratar a las mujeres era algo normal. Mi papá fue un hombre muy agresivo, nos pegaba con leños, piedras, cualquier cosa que encontrara”.

Mi mamá me dice que su padre no fue violento con ella, ni con mi abuela Adiela, pero si recuerda que un tío materno de ella lo era. Me habla puntualmente de violencia sexual. “Ese tío que te digo nos morboseaba, a mí y a mi prima, se sacaba sus partes íntimas en frente de nosotras y se masturbaba... también intentó tocarnos”. Cuando Maribel iba y lo acusaba, nadie hacía nada.

Yo también viví violencia machista en mi casa. Tuve que ver, numerosas veces, a Vladimir agrediendo a mi mamá, a mi abuela y a mi tía. Tuve que soportar que familiares me atacaran porque no cumplía estándares de un sistema heteronormativo²², que nos afecta a todos, pero en especial a las mujeres.

En casa de mi abuela se presentaban distintas formas de violencia: física, emocional y psicológica. Además, principalmente, era violencia de género. Nubia, a lo largo de su infancia y adolescencia, fue agredida, primero, por el hecho de ser mujer, pero también por el contexto familiar en el que ella, mi abuela y yo crecimos, en el que estaba normalizado el uso de la fuerza para que las cosas “funcionaran”. La violencia es un fenómeno complejo, multifacético, con una amplia gama de manifestaciones y consecuencias de diversa magnitud (Tepichin, Tinat, & Gutierrez, 2010).

Pero para mí, lo que más me ha pesado de ser mujer es la carga del cuidado.

Mi infancia fue diferente a la de mi abuela y mi tía. Realmente yo sí disfruté del juego, del estar con mis amigos del barrio, del practicar el deporte que quería y hacer lo que me gustaba. Para la época muchas situaciones ya estaban más normalizadas, como el hecho de que las niñas jugaran videojuegos, fútbol o carritos, actividades que antiguamente solo se le permitían a los hombres. En cuestiones del hogar, nunca tuve que cocinar o lavar ropa a temprana edad. Tampoco tuve que encargarme de mi medio hermano, pues él siempre ha sido más apegado a su familia materna. Pero, como lo mencioné anteriormente, cuando asumí la mayoría de edad, mi familia inició un proceso de interdicción para mi papá y la elegida para quedar como su cuidadora a nivel legal fui yo.

No hubo un proceso de votación, ni nada por el estilo, simplemente, mi familia lo decidió así. *¿Por qué yo? ¿por qué no mi hermano?* Nunca lo he sabido a ciencia cierta, pero siento que tiene que ver con la condición de ser mujer y la carga del cuidado. “Es que

²² La heteronormatividad se refiere al régimen social, político y económico impuesto por el patriarcado, extendiéndose tanto dentro del ámbito público como del privado. Según este régimen, la única forma aceptable y normal de expresión de los deseos sexuales y afectivos, así como de la propia identidad, es la heterosexualidad, la cual presupone que lo masculino y lo femenino son substancialmente complementarios en lo que respecta al deseo. Esto quiere decir, que tanto las preferencias sexuales como los roles y las relaciones que se establecen entre los individuos dentro de la sociedad, deben darse en base al binario ‘masculino-femenino’, teniendo que coincidir siempre el ‘sexo biológico’ con la identidad de género y los deseos asignados socialmente a éste (Gros, 2016).

usted se puede encargar mejor, usted lo puede cuidar, usted está joven y lo entiende más... usted es más sensible a esos casos”, argumentos que escuché para justificar esa decisión.



Vladimir, Laura y David. 2002.

Andrea García (2017) propone que el cuidado puede ser entendido como práctica, como valor y como trabajo, y que esa lógica establece una carga simbólica y otra material (como se citó en Carrascal, 2020). A nivel simbólico, el cuidado sigue relacionado a lo femenino, atraviesa los cuerpos y las conductas, y a nivel material, no es considerado como un trabajo propiamente productivo y se vincula desde las concepciones naturales a la mujer.

Del mismo modo, Janet Finch relaciona el concepto de cuidado a aquellas actividades que tienen como objetivo proporcionar bienestar físico, psíquico y emocional a las personas, es un concepto destinado y naturalizado a las mujeres, que surge en la articulación del sistema de género, del sistema de parentesco y de edad. (Finch, 1991) Existe una caracterización social y cultural que establece que las labores de cuidado le pertenecen a las mujeres por ser “más emocionales”, y no a los hombres, pues se cree que estos son “más racionales”.

La labor de cuidado nunca termina, pues las mujeres cuidan a otros desde muy temprana edad hasta que envejecen. No solo cuidan de sus hijos, sino que también deben cuidar de sus hermanos, de su pareja, de sus padres. Javier Pineda, en su artículo *Trabajo de cuidado: mercantilización y desvalorización*, señala que la distribución social del cuidado de la vejez continúa recayendo sobre el trabajo no remunerado de las mujeres en los hogares (Pineda J. , 2019).

En mi familia, las labores del cuidado se consideran como muestras de “amor profundo”, atraviesa nuestros cuerpos y conductas en la medida en que pasamos al descuido. Al

cuidar de Vladimir la mayor parte de su vida, mi tía, mi abuela, mi mamá y yo, hemos dejado de lado nuestro autocuidado. Nuestros cuerpos sufrieron, sufren, cansancio, a nivel mental y emocional, sentimos el peso de la tristeza, la angustia, la ansiedad y la rabia. A eso se le suma que nuestro ejercicio de cuidado nunca ha sido considerado como un trabajo, o como algo valioso, simplemente, se da por hecho que es nuestra obligación el estar pendiente de Vladimir el mayor tiempo posible.

Cuando he exteriorizado que no quiero seguir más con esta tarea, mi abuela y mi tía me han dicho que es mi deber, que no le puedo hacer eso a mi papá, que el proceso para declararlo interdicto fue arduo y costoso, lo que me genera cargo de conciencia y me retracto. Me convengo de que debo ser una buena hija, debo estar pendiente de Vladimir y velar por su cuidado, es mi papá *¿cómo lo voy a dejar solo?*

Pero, la verdad es que me canso de estar pendiente de un hombre de casi 60 años, que ya debería cuidarse por sí solo. Es agotador y agobiante tener que estar controlándole el dinero a una persona que no sabe gastar, que quiere con ansias 500 mil pesos para gastárselos en menos de 24 horas en papeletas de bazuco.

–Yo sé que esto no es fácil para ti, pero pues es lo que hay, me dice Vladimir.

–Pues si, ya no puedo hacer nada... ya asumí este compromiso.

–Tratemos de llevar la fiesta en paz, si tu me colaboras yo no te molesto.

–Pero es que tu no sabes administrar el dinero. Te doy 200 mil y te los gastas en menos de dos días... no es ni mitad de mes y ya te has gastado toda la pensión.

–Entiéndeme, por favor. Todo está más caro, las cosas en la calle están más duras... también desde que empezó la pandemia, el trabajo se ha dificultado, ya nada es igual a antes.

“Las mujeres no solo somos subordinadas a la esfera reproductiva, sino que también estamos sujetas a los ideales culturales de la mujer como dadoras de amor, de bienestar, como personas sensibles” (Ballesteros, 2021) Cuando nuestras emociones no se ajustan a esos ideales somos mal vistas, no está bien que una mujer sienta rabia, no está bien que una mujer se niegue a hacer lo que le piden. Son pocas las veces en las que he expresado mi rabia y tristeza acerca del tener que cuidar de mi papá. Siento miedo de que piensen y digan: “No pudo”, “le quedó grande”.

Desde que inició la pandemia por COVID-19, en el 2020, la relación con Vladimir se ha complicado. He sentido mucho miedo cada vez que debo encontrarme con él, debido a que soy consciente de que él no se cuida. Es un poco incredúlo en cuanto a la enfermedad, no utiliza tapabocas y tampoco es responsable con el tema del lavado de manos y la desinfección. Creo que a él eso es lo que menos le importa, continúa preocupado es por el dinero. Al principio nos veíamos en mi casa, con todos los protocolos, pero después empezó a ser grosero e intrusivo. El acuerdo era encontrarnos una vez por semana, pero de la nada empezó a llegar sin avisar, a gritar y ser grosero. Le dije que nos viéramos en otro lado mejor, después me trasteé y no volví a contarle donde vivo.

Actualmente, para evitar que mi salud mental se afecte, trato de encontrarme con él cada 15 días o de girarle el dinero por alguna sucursal bancaria.

Trato de entender a Vladimir, de ponerme en su posición, pero es bastante difícil. Aunque confieso que al hacer esta tesis he sido capaz de abrir más mi mente para no juzgarlo, ni encasillar las situaciones en buenas o malas. Algo que se me ha quedado gravado es que todos en algún momento llegamos a ser víctimas y victimarios. Mi bisabuelo maltrató a mi abuela, mi abuela a mi papá y tía, mi papá a mi mamá y en algunas ocasiones a mí. Es evidente que muchas dinámicas son transmitidas de forma generacional, en el caso de mi familia, la violencia intrafamiliar y de género.

Debo confesar que en algunas ocasiones he tenido que tomar dinero prestado de la pensión de Vladimir. Más o menos 100 mil o 200 mil pesos, para pagar algún servicio o alguna deuda. Aunque no es mucho y siempre trato de devolverlo, me siento mal. Pienso “estoy tomando algo que no me corresponde”, pero después me pongo a hablar con mi pareja o con alguna amiga, quienes me dicen que lo que hago con mi papá es prácticamente un trabajo, un trabajo de cuidado que debe ser remunerado²³. Obviamente, no le pienso cobrar a mi papá, es mi familia, no sería capaz de hacer algo así.

De niña y adolescente mi abuela y mi tía me mantuvieron alejada de mi papá, para procurar que tuviera “una infancia tranquila y feliz”. Recuerdo que hubo muchas épocas

²³ Según el DANE, para junio de 2018, las mujeres económicamente inactivas eran 9 millones para el total nacional, de las cuales 2,6 millones estudiaban (29 %), 5,3 millones se dedicaban a los oficios del hogar (59%) y un millón eran ancianas o incapacitadas (12%). Es decir, que en Colombia, 5,3 millones de mujeres se dedican a la economía del cuidado, al trabajo doméstico de cuidado no remunerado (TDCNR) en el interior de los hogares (DANE, 2020).

en las que solo lo veía cada quince días o más. De hecho, no recuerdo haber tenido contacto alguno con Vladimir entre mis 15 y 17 años, después de lo que sucedió en el centro de rehabilitación.

Al principio me preguntaba *¿qué será de su vida? ¿dónde vivirá? ¿estará bien?* Después me fui acostumbrando y dejé de pensar en él. Para esa época la mayoría de los papás de mis amigas ya eran separados, sus familias tenían problemas, de convivencia, económicos, de salud, entre otros. Lo sabía porque cuando empezamos a crecer, ya teniendo más o menos 15 años, empezamos a hablar. En los descansos entre clases, nos sentábamos en la cancha de basquetbol, nos contábamos nuestros más íntimos secretos. Una de mis mejores amigas empezaba a llorar, decía que le había encontrado al papá en su celular fotos y conversaciones con otra mujer que no era su mamá. Otra de ellas contaba que su papá se la pasaba tomando y que andaba endeudado. Otra que su mamá estaba atravesando episodios de ansiedad y depresión, porque su papá era muy violento y las agarraba a las dos a puños y cachetadas. Y así sucesivamente. Creo que esto nos unió como grupo, de hecho, me di cuenta teníamos historias similares, nos identificábamos, comprendíamos y apoyábamos mutuamente.

La única señal de vida que recibí de Vladimir, fue a los 15 años, mientras vivía en la casa de mi tía Nubia y su esposo, él me dejó una casa de chocolate en la portería, pero ni si quiera nos vimos. Fue un periodo largo de desconexión. Tiempo después, cuando ya estaba en la universidad fue que lo volví a ver, más o menos en segundo semestre.

Decidí estudiar periodismo más o menos cuando cumplí 16 años. Nunca vi a mi papá ejerciendo su profesión de comunicador, tampoco hablé mucho con él del tema, pero estoy segura de que mis genes influyeron en haber estudiado lo mismo. Siempre me gustó escribir y leer, al igual que Vladimir. Siempre me gustaron los temas relacionados a las ciencias sociales y humanas. Pude acceder a la Universidad del Rosario, gracias a mi tía, quien me pagó la carrera, dos años después opté por hacer doble programa con antropología.

Saliendo de la universidad, camino a mi casa, a eso de las 4:00 p.m. de un día entre semana, iba con mis amigos de la universidad caminando por la Av. Jiménez, hacia la estación de Transmilenio Las Aguas, en el centro de Bogotá. Nos detuvimos en el semáforo del Hotel Continental, en la carrera cuarta con calle quinta, y vi a Vladimir.

Estaba ofreciendo bolsas de basura a los carros que estaban esperando a que el semáforo cambiara a verde. La imagen para mí fue impactante, me puse roja, sentí un poco de temor, volteé la cara para que no me reconociera y le dije a mis amigos que camináramos más rápido, argumentándoles que tenía afán.

Cuando me subí al Transmilenio que me llevaba a mi casa, me empecé a sentir peor. Sentía un nudo en el estómago, unas ganas de salir corriendo, tenía cargo de conciencia. Pensaba *¿por qué no lo saludé si es mi papá?* la respuesta es que me dio vergüenza, pero vergüenza de verdad. No fue la misma sensación que sentía de niña, que era algo más impuesto por mi familia, sino era algo más natural, entendía bien su razón de ser, pensaba *sentir vergüenza por algún familiar no está bien*. Le conté a mi tía, me dijo que no me preocupara, que varias personas de la familia le habían contado que lo habían visto en la calle y no lo habían saludado.

En otra situación, años después, un día iba caminando por la carrera séptima con dos amigas de la universidad. Me encontré a Vladimir de frente, lo saludé y le dije a ellas que continuarán adelante. Hablé como por cinco minutos con él, después alcancé a Laura y a Diana y me preguntaron que quién era ese señor, les dije que era un conocido de la familia. No fui capaz de admitir que era mi papá, volví a sentir vergüenza y culpa.

–A mí muchas personas de la familia me han ignorado en la calle, menciona Vladimir.

–¿Por qué crees que lo hacen?

–Me imagino que es por mi situación. Porque también he cambiado mucho, sobretodo en mi apariencia física. Yo los entiendo, no los juzgo. Debe ser difícil ver a un familiar en esas, trabajando en un semáforo, pero si es difícil verlo, imagínate vivirlo. Igual, yo ya me acostumbré.

A la siguiente semana, me volví a encontrar a Vladimir en el mismo semáforo, de la cuarta con quinta. Esta vez iba sola, decidí acercármele y saludarlo. Le toqué el hombro mientras él le ofrecía bolsas a una señora que iba en un carro rojo. Se volteó, me miró con sorpresa y me saludó con un abrazo. “Mi reina”, como solía saludarme de niña, “¿cómo has estado?, ¿qué andas haciendo?”.

Nos sentamos en el andén del Juan Valdez de esa esquina. Hablamos alrededor de 15 minutos. Le conté que estaba estudiando periodismo en el Rosario, que estaba viviendo con mi tía en Salitre, que no tenía novio y que todo marchaba bien. Me contó que vivía

en el Santa Fe en una “piecita”, que seguía con el negocio de las bolsas, que tampoco tenía pareja y que no pensaba tenerla. Nos despedimos, le di mi número para que siguiéramos en contacto.

Me llamó como a los ocho días, volvimos a vernos. Esta vez fuimos a tomar un café y a comer empanada. Desde entonces nunca más nos hemos vuelto a separar. A veces perdemos contacto, pero máximo por tres semanas, debido a que sufre recaídas y hospitalizaciones por consumo.

Me pregunto constantemente si son decisiones o son contextos los que me llevan a tomar la decisión de verme con mi papá constantemente. Por un lado, siento que hay una obligación, el hecho de su pensión, por otro lado, siento que hay un querer, de saber cómo está, si está sano, si está tranquilo. En medio de todo lo que ha pasado, amo a mi papá, pues veo en él un referente que me enseña día a día cosas de la vida. Por ejemplo, cuando me estreso por algo de mi trabajo, estudio, etc., él me dice “¿vale la pena tanto desgaste?”, pero también está la contraparte, cuando él es quien me estresa ya no lo veo como un referente positivo, sino más bien negativo, pienso *nunca quiero ser como Vladimir*.

La última vez que mi papá estuvo interno fue hace más o menos seis meses, en noviembre de 2020. Duré casi 15 días sin saber de él. Dejó de llamarme como por tres días, y cuando lo llamaba, su celular sonaba apagado (Mi papá trata de mantener consigo siempre un celular, pero cuando tiene crisis de ansiedad por consumir lo empeña o lo vende). Pensé que estaba molesto por una discusión que habíamos tenido por dinero. A los cinco días, recibí una llamada de Don Eduardo.

–Mija su papá anda muy mal.

–¿Qué pasó Don Eduardo? ¿usted lo ha visto? A mí no me contesta.

–Sí, lleva tres días en un estado lamentable, ya ni siquiera se está quedando en el hotel. Esta mañana me lo encontré tirado en la esquina de la bomba, estaba llorando y gritando como loco.

–¿Cómo así?

–Sí, que “ayuda” que “se iba a morir”. Me le acerqué y le dije que era yo, Eduardo. Al parecer me reconoció y me dijo que llamara a la mamá o a su hija, que era urgente.

–¿y sigue por ahí Don Eduardo?

–No, como a la hora se paró de ahí y se fue. No lo he vuelto a ver hoy.

–¿Para donde cogería?

–Pues le pregunté a Gladis, la señora de los tintos de aquí de la esquina, que si lo había visto. Me dijo que lo vio coger por la Caracas hacia el norte.

–Jmmm de pronto iba para la clínica, esperemos a ver qué pasa. Si lo vuelve a ver me llama de una.

–Si señora, con gusto.

Vladimir siempre que tiene esos episodios de consumo excesivo busca refugio en la Clínica Psiquiátrica de La Paz. Muchas veces me ha dicho “hija me siento muy cansado, pienso irme para la clínica” le digo “Papá la clínica no es un hotel al que puedes ir cada vez que te de por excederte consumiendo... o cada vez que quieras pasar tu consumo por unos días, para volver a salir a hacer lo mismo”.

Después de ocho días de estarlo buscando, recibí una llamada de una trabajadora social de la Clínica. Me dijo que mi papá llevaba dos días interno por intoxicación de sustancias psicoactivas. “Llegó casi inconsciente, temblando, murmurando incoherencias, con la ropa sucia, sin maleta, ni documentos”.

Respiro profundo, me siento más tranquila. Ahora lo importante no es que mi papá no consuma, sino que se mantenga con vida.

Después de estar casi quince días interno en La Paz, debo ir a recogerlo. Cuando sale me saluda con una actitud tosca. No le pido ninguna explicación y aún así me la da. “Me excedí un poco, lo reconozco, pero yo igual ya no voy a cambiar... no insistan en que me dejen interno de por vida o en que me dejen hacer el programa de nuevo... eso ya no va a servir para nada”. Lo miro y le digo que está bien. Nos vamos de nuevo al Santa Fe, lo acompaño a al hotel, allí le entrego un dinero para la semana y me voy. Todo parece un Deja vú, siento que he vivido esa escena más de 10 veces. En la vida de Vladimir, y por ende en la de su familia, no hay cambio, sino un bucle de actos repetitivos. Vladimir se recupera, vuelve a consumir, recae, termina hospitalizado, se recupera, vuelve a consumir, etc., etc.

Solo yo conozco los días que tuve, la angustia que viví. Me imaginaba el peor escenario posible, yendo a Medicina Legal a buscar el cuerpo de mi papá, o tal vez, recibiendo una llamada de la Policía en la que me decían que mi papá había estado en una riña callejera y le había hecho daño a alguien más. Ser su hija es vivir con incertidumbre la mayor parte

del tiempo, no saber qué está haciendo, con quién está, qué está consumiendo o cuando será su próxima intoxicación, que puede terminar en muerte por sobredosis.

Sé que mi papá ha querido morir en muchas ocasiones, también sé que ha pensado en quitarse la vida. Desde niña lo escuchaba diciendo “me quiero matar, no quiero seguir viviendo esto”. Lo hemos conversado y me ha dicho “no soy capaz, soy un cobarde”.

–¿Qué habrá después de la muerte?, le pregunto.

–No sé, yo creo que nada, simplemente uno queda en negro... o tal vez si exista un cielo. De lo que estoy seguro es que no hay un infierno, ¿para qué? El infierno es la misma tierra, acá venimos a pagar todo lo que hacemos.

–Pues tiene sentido, la ley del Karma. Aunque, yo sí veo posible la reencarnación. Una vez escuché que el “túnel” que atravesamos o vemos cuando estamos muriendo es esa transición a una nueva vida. Al final del túnel vemos una luz y esa la luz es la que ve un bebé al nacer cuando sale del vientre de su madre.

–O sea, ¿la persona que está muriendo es la misma que el bebé que nace?

–La persona como tal no, pues, su alma. Su alma pasa al cuerpo del bebé. Pues, no se si sea cierto, pero es lo que escuché.

–Pues tiene sentido, tal vez sea verdad.

Este tipo de conversaciones con él, medio coherentes, fluidas y llevables, me hacen pensar que no ha perdido del todo su cordura. Me han generado en algunas ocasiones la esperanza de que Vladimir en algún momento puede llegar a ser un papá diferente.

“¿A qué te refieres con diferente?”, me pregunta Diana, la psicóloga que veo. Le respondo “un papá comprensible, que me escucha, que está cuando lo necesito, que me da buenos consejos”. Me dice que borre por completo esa imagen de mi cabeza. “Son expectativas y las expectativas, por lo general no se cumplen... tienes que ser consciente de que tu papá nunca te va a dar eso, debes aceptarlo como es, poniendo límites eso sí”.

Tomé la decisión de ir al psicólogo a finales de 2018. Pasé por una crisis de ansiedad, en la que sentía miedo de muchas cosas, hasta de ir a la tienda a comprar una gaseosa. Duré sin salir de mi casa por casi dos meses. Yendo a terapia empecé a identificar los detonantes de mi ansiedad, todos relacionados a mi familia, a las relaciones de codependencia que hay entre nosotros, a la carga del cuidado, y al callar muchas situaciones por miedo al que dirán.

He trabajado en los últimos dos años en cambiar hábitos y pensamientos. Aparte de dolor, al principio sentí mucha pena. Mi tía y mi abuela no entendían qué me sucedía, decían que eso era falta de mantener mi mente ocupada, que por eso tenía pensamientos tan negativos. “Más bien póngase a hacer oficio o salga al parque a dar una vuelta”, eran los comentarios que escuchaba constantemente.

Hay un tabú muy fuerte alrededor de las enfermedades mentales. Claro que con el tiempo se ha venido deconstruyendo. Muchas personas que conozco han pasado por lo mismo que yo. Dejé de sentirme mal.

Mi mamá me decía “póngase a orar, eso es porque usted está muy alejada de Dios”, nunca sabré si mi alejamiento con Dios tuvo que ver con lo que me sucedió, pero lo que sí sé es que mi decisión de acudir a un psiquiatra y a un psicólogo fue la adecuada. No podía dejar que la vida se me fuera rezando, orando o saliendo al parque a dar una vuelta, sentía que me estaba volviendo loca.

En las sesiones con Diana, me di cuenta de que siempre había sufrido de ansiedad, solo que no diagnosticada. De niña, recuerdo que cuando sentía miedo se me cerraba el estómago, no podía comer nada y lo que ingería lo vomitaba. También recuerdo que las manos se me ponían frías, que empezaba a temblar, que a veces me salía una alergia gigante por toda la cara y parte del cuello, síntomas que sigo teniendo en la actualidad.

Con las terapias he logrado muchos cambios. Empecé a vivir de otra manera y durante años perseguí la idea de que mi papá también podía hacerlo. De hecho, pensé mucho en sí tal vez acciones mías, como ser grosera, ignorarlo o menospreciarlo, serían razón para que él se drogase o pierda la conciencia. Pero sé que no es así, pienso “Vladimir es el único que puede salvarse, al igual que yo lo hice”.

El tema de las drogas está muy “satanizado” en mi familia. Mi abuela y mi tía siempre me repiten “ande por el buen camino, escoja bien sus amistades... nosotras le pedimos mucho a Dios para que la aleje de los vicios”. A mí, en realidad, la droga me genera mucho temor. Creo que uno de mis más grandes miedos es volverme adicta, terminar como Vladimir y volverme una carga más, ya sea para mi mamá, para mi tía o mi pareja, con quien tenemos muchos planes a futuro.

De hecho, hemos pensado en irnos a estudiar fuera del país o tal vez a vivir en otra ciudad, pero una de las razones que me detiene es mi papá. No sabría cómo manejar lo del dinero, cómo girárselo, no sabría si dejarlo solo podría deteriorar más su estado. Sé que cuando mi abuela muera y yo me vaya, Vladimir quedará desprotegido porque nadie más va a hacerse cargo de él.



Marina, Vladimir y Laura, celebrando el cumpleaños de Vladimir. 2019

Reflexiones finales

Este trabajo fue para mí, más que un ejercicio académico. Lo plasmado en estas hojas fue el resultado de un proceso arduo, que supuso muchos retos, tanto para mí como mi familia. Recibí y me hice muchas preguntas: *¿para qué? ¿qué finalidad tiene? ¿por qué exponerse de esa manera?*, que me hicieron sentir culpa por “exhibir” a mi familia ante profesores, compañeros, hasta gente desconocida. Me repetí muchas veces *“no quiero ser como esos periodistas o investigadores que sacan provecho de las situaciones de los otros y se lucran, tanto a nivel económico, como profesional”*. Pero, lo que me dio fuerza para seguir adelante con este proyecto fue el entender que lo que hemos vivido como familia no es nada fuera de lo común, que muchas personas pasan por estas vivencias. Además, ser consciente de que *“lo que no se cuenta no existe o simplemente se repite”* me motivó a seguir escribiendo, pues no quisiera seguir repitiendo la historia de mi abuela, mi mamá, mi tía y mi padre.

A lo largo de estas páginas, se evidencia, a partir de una historia en particular, cómo ciertos factores sociales inciden en la expresión de nuestro ser, desde pequeñas decisiones y acciones, hasta pensamientos y visiones del mundo. Es relevante porque reafirma la necesidad de tomar en serio las distintas visiones que tienen varias personas sobre una misma situación, también porque no menosprecia, ni inválida las posiciones y creencias de una persona adicta, que muchas veces es ignorada o estigmatizada.

Después de escribir esta tesis, considero que Vladimir es un *outsider*²⁴. Su adicción a las sustancias psicoactivas es una conducta considerada como “desviada” por las personas de su entorno, su familia, amigos y conocidos. Esto hace que los demás, y hasta él mismo, consideren a Vladimir como alguien que transgrede la normalidad e incumple con las conductas socialmente aceptables. Detrás de esa conducta “desviada” existe una carga peyorativa, que genera que Vladimir no se identifique, ni se sienta cómodo en los entornos en los que normalmente se mueve la gente cercana a él, como su mamá o su hija. Sin embargo, al principio pensé que era la misma sociedad la que aislaba y excluía a Vladimir

²⁴ En el libro *Outsiders: hacia una sociología de la desviación* (2009), Howard Becker presenta un estudio acerca de las conductas desviadas. Según lo postulado, la desviación no es una característica de una persona como tal, por el contrario, es la consecuencia de una persona o grupo social que determina dicha práctica como “mala”. En palabras del autor, “la desviación no es una cualidad intrínseca al comportamiento en sí, sino la interacción entre la persona que actúa y aquellos que responden a su accionar” (Becker, 2009, pág. 34).

por el hecho de considerarlo como un “desviado”, también pensé que él no había podido cumplir sus roles porque su adicción se lo impedía, pero, ahora, después de este ejercicio llego a pensar, que tal vez, sea él mismo quién decidió en diversas circunstancias romper con esas normas sociales a las que los seres humanos estamos acostumbrados, convirtiéndose en un *outsider*.

Al releer el texto me doy cuenta de que está lleno de justificaciones hacia Vladimir, en cuanto a sus comportamientos. Tanto yo, como mi abuela, mi tía y mi mamá, propiciamos que Vladimir sea una víctima. Somos nosotras quienes siempre estamos buscando un por qué a sus acciones, y ese por qué siempre recae en el consumo. Es decir que, las víctimas son cocreaciones, existen porque son soportadas y sostenidas por un otro.

Ahora, es claro que los entornos sociales y familiares influyeron en el consumo de mi papá. La conflictos dentro de la familia y el “abandono” por parte de mi abuela, debido a su trabajo, puede que hayan facilitado el acceso de Vladimir a las sustancias psicoactivas.

Así mismo, la condición social y marginalidad en la que creció y habita actualmente también influyen en ese acercamiento. Me refiero al barrio de su infancia y adolescencia, El Restrepo, y al barrio en el que vive ahora, el Santa Fe.

Vladimir constantemente menciona que *quiere mejorar su estilo de vida*, a esto se refiere con “no vivir en el Santa Fe, arrendar un apartamentico o una habitación en algún lugar bonito... no tiene que ser estrato cinco, pero sí en un barrio popular bacano, puede ser Orquídeas o el 20 de julio”. Dice que quiere empezar a comprar sus propias cosas, una cama, un televisor, un escritorio donde pueda leer y escribir. Pero, Vladimir ya ha podido vivir en esos barrios y también ha podido tener esas cosas, y aún así vuelve al Santa Fe, el sitio en el que más ha residido a lo largo del tiempo.

Menciono esto porque siento que la vida de Vladimir está llena de contradicciones. A veces, decimos que hacemos ciertas cosas, pero realmente no las hacemos, también decimos que queremos ciertas cosas, pero no es lo que realmente deseamos. Obviamente estas contradicciones que vive Vladimir constantemente, responden a lo mismo de que no se siente totalmente identificado con los espacios sociales en los que se mueve.

Nuestra relación también es una contradicción constante. A veces estamos bien, nos decimos que nos queremos, nos elogiamos y admiramos, pero otras veces no podemos ni

vernos, ni hablarnos. Para mí, existen dos Vladimires, uno adicto y otro sobrio, y puede que esta sea la principal causa de sus contradicciones.

De hecho, los personajes de esta tesis estamos llenos de matices. Asumimos posiciones contradictorias en muchos casos, actuamos de manera distinta dependiendo el escenario²⁵. Por ejemplo, mi abuela es distinta conmigo, a como es con mi padre y con mi tía. Yo me comporto de cierta manera cuando estoy con Vladimir y de otra cuando estoy con Nubia. Somos seres fluctuantes. No existen verdades absolutas acerca de nosotros, ni acerca de las situaciones.

Con respecto al tema de las violencias, es evidente que, en este caso, son transgeneracionales y responden a creencias, que deben ser deconstruidas y reestructuradas. La idea de que “la letra con sangre entra” o “las cosas funcionan mejor a los golpes” siempre ha estado presente en mi familia, pero era aún más vívida en la generación de mi abuela, después en la de mi papá y tía, y ya con menor fuerza en la mía. En mi infancia no sufrí maltrato físico. De vez en cuando, mi abuela me correteaba por toda la casa con la chancleta en la mano y mi mamá me cogía fuerte del brazo, pero considero que no era algo tan grave como en la infancia de mi abuela, en la que su padre cogía a todos sus hijos y esposa a piedras o les pegaba con el cable de la plancha.

Si hablamos de violencia psicológica, podría decir que ha sido más constante y lineal a lo largo de los años, en cada una de nuestras vidas. En especial, agresiones dirigidas a destruir la autoestima del otro, la confianza y seguridad en sí mismo, su tranquilidad y estabilidad emocional.

Ahora bien, este tipo de agresiones parten también de la violencia de género, que también ha estado muy presente en mi familia. No obstante, a lo largo de los años, se ha venido denunciando. Tanto mi tía, como mi mamá y yo hemos hablado sobre acoso, abuso, violencia sexual. Hemos sido conscientes de que son hechos que no deben suceder, que no somos culpables de aquel dolor y horror que vivimos alguna vez.

²⁵ Erving Goffman en *La presentación de la persona en la vida cotidiana* habla de un mundo en el que las personas no se expresan de acuerdo con su interioridad, sino de acuerdo a las normas sociales de su grupo o del status que ocupen en él. Es por lo que, para Goffman, la vida en sí es un teatro que consiste en actuaciones, los individuos son siempre actores, sus interacciones son dramatizadas y dependen de lo que se quiera mostrar o no en el instante. En este sentido, si para Goffman los individuos son netamente actores, significa que están en constante cambio, lo que quiere decir que no son sujetos totalmente determinados o autocontenidos (Goffman, 1959).

No podría llamar a mi abuela, ni a mi mamá, ni a mi tía feministas, pero soy consciente de que han venido deconstruyendo creencias relacionadas a roles y a la identidad de género. Obviamente, de las cuatro, he sido yo, quien más ha tenido la oportunidad de cuestionar y desacreditar al patriarcado. Sigo cometiendo errores, juzgando, criticando, pero como diría Roxane Gay "Prefiero ser una mala feminista que no serlo en absoluto" (Gay, 2014).

Referente al tema de la carga del cuidado, mencionada constantemente a lo largo del texto, estas tres mujeres y yo hemos desempeñado el arduo trabajo de cuidar a otro, otro que no necesariamente es nuestro hijo, sino un hermano, un esposo, un padre. Laura Pautassi (2016) habla del *Care boom*²⁶ y celebra la declaración del cuidado como un derecho universal que incluye a todos y a todas, en su potestad de reclamar el derecho a ser cuidado, a cuidar y a cuidarse (autocuidado), sin embargo, menciona que no se trata solo de impulsar acciones que aumentan la oferta de servicios reproductivos (educativos, de primera infancia, salud, culturales, seguridad social), sino que transversalmente se aborden las responsabilidades, permisos legales, arreglos familiares y societales, que se de el debido reconocimiento a los trabajos de cuidado y que se creen y ejerzan políticas públicas que frenen la distribución desigual de estas labores.

En Colombia existe la ley 1413 de 2010 o Ley de economía del cuidado que busca regular la inclusión del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado en el Sistema de Cuentas Nacionales, “con el fin de medir la contribución de la mujer al desarrollo económico y social del país a través de su trabajo no remunerado, teniendo en cuenta que la mujer es la que más participa y tiempo dedica a actividades de cuidado de personas y mantenimiento del hogar con respecto a los hombres” (Economía del cuidado: revisión de literatura, hechos estilizados y políticas de cuidado).

Aunque está la ley y existen diversas políticas orientadas al trabajo de cuidado no remunerado, las cifras no son gratificantes, pues aún son más las mujeres, quienes se

²⁶ “El care boom se produce por el agotamiento de las estrategias familiares de sostener y concentrar trabajo en las mujeres, poniendo fin a los endeble arreglos donde ellas sostenían varios ámbitos de trabajo y donde los varones débilmente asumieron responsabilidades de cuidado. Por otra parte, el proceso de transición demográfica acelerado que vive la región puso en evidencia la ausencia de políticas públicas e infraestructura para sostener múltiples demandas de personas adultas mayores, personas con discapacidad, enfermedades de cuidado intensivo y por supuesto el cuidado de niños, niñas y adolescentes” (Pautassi, 2016)

dedican a este tipo de labores sin recibir nada a cambio, deteriorándose física, emocional y mentalmente.

Concuerdo con Tapias (2014), autor que mencioné a lo largo del texto, en que la familia sirve como un microespacio de observación de situaciones que suceden en lo público, en donde también hay unas fuertes relaciones de dominación y desigualdad y en donde la violencia se presenta de distintas maneras.

En la historia de mi familia son evidentes las distintas relaciones de dominación y desigualdad. No solo está presente la desigualdad de género, sino también una desigualdad y por ende una dominación que se sustenta en el capital cultural y económico que posee cada una de estas personas. “La familia es una de las principales instituciones donde se crea una jerarquización en relación con el capital y el género” (Ballesteros, 2021, pág. 16)

Entre mi tía, abuela y mamá, existieron relaciones de dominación, basadas en el género, pero también basadas en aspectos como el nivel educativo y el nivel económico. Con respecto a mi papá, actualmente, existen también unas relaciones de dominación sobre él, debido a su condición y dependencia económica de mi abuela, mi tía o mía.

Sin embargo, las personas que cuidan y las que reciben cuidado, tampoco están en la misma posición social. En mí caso, también siento una desigualdad y una dominación por parte de mi tía, abuela y hermano, en el hecho de tener que cuidar de mi papá.

Por último, entendí, con esta investigación, que la objetividad es netamente una ilusión. Nuestras percepciones y experiencias están ligadas a contextos, situaciones, creencias, tradiciones. Y para mí esto implicó una ventaja y a la vez desventaja, pude entender muchas de las elecciones, pensamientos, acciones de mis familiares, pero también en algunas ocasiones llegué a juzgarlos y asumir ideas que tal vez ellos nunca pensaron o sintieron. Sin embargo, comprendí que no existe una verdad absoluta de lo que nos sucede, que los hechos deben ser explorados desde distintas voces y miradas.

Referencias

- Álvarez-Sousa, A. (1996). El constructivismo estructuralista: la teoría de las clases sociales de Pierre Bourdieu. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* No. 75, 145-172.
- American Psychiatric Association. (2013). *Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders, Fifth Edition (DSM-5)*. American Psychiatric Publishing.
- Ballesteros, M. P. (2021). "Tú eres la que manda, pero eres la que está llena de cosas": reflexión antropológica sobre los trabajos de cuidado en mujeres jóvenes de Bogotá en el marco de la Pandemia de COVID-19. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Ciencias Sociales .
- Barcelata Eguiarte, B. E., & Alvarez Antillon, I. (2005). Patrones de interacción familiar de madres y padres generadores de violencia y maltrato infantil. *Acta Colombiana de psicología* No. 13, 35-45.
- Becker, H. S. (2009). *Outsiders: hacia una sociología de la desviación*. SIGLO XXI ARGENTINA.
- Blanco, M. (2011). ¿Autobiografía o autoetnografía? . *Scielo*, 169-178.
- Bourdieu, P. (2005). *Capital cultural, escuela y espacio social*. México: SIGLO XXI.
- Cañas-Fernández, J. L. (2010). De la humanización a la rehumanización: el reto de volver a ser persona. *Pensamiento y Cultura, Vol. 13 No. 1*, 67-79.
- Carrascal, S. R. (2020). *Entre cuidados y agencia: un análisis para la doble vía del cuidado*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- DANE. (2020). *Mujeres y hombres: brechas de género en Colombia*. Bogotá D.C.: DANE, Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas.
- Economía del cuidado: revisión de literatura, hechos estilizados y políticas de cuidado. (s.f.). Obtenido de Subdirección de Género, Departamento Nacional de Planeación (DNP):

<https://colaboracion.dnp.gov.co/CDT/Desarrollo%20Social/4.%20Documento%20Preliminar%20Econom%20C3%ADa%20del%20Cuidado.pdf>

- Figueroba, A. (s.f.). *Metacualona (Quaalude): historia, efectos y usos* . Obtenido de Psicología y Mente: <https://psicologiaymente.com/drogas/metacualona-quaalude#:~:text=Fue%20muy%20utilizada%20como%20droga,hoy%20hay%20laboratorios%20ilegales%20fabric%C3%A1ndola.&text=La%20metacualona%2C%20a%20la%20que,d%C3%A9cadas%20de%201960%20y%201970>
- Finch, J. (1991). *Family Obligations and Social Change*. Oxford: Polity.
- García, O. H. (2014). Padecer la adicción: Una etnografía dentro de un grupo de Narcóticos Anónimos. *Dimensión antropológica*, 87-121.
- Gay, R. (2014). *Confesiones de una mala feminista*. Planeta.
- Goffman, E. (1959). “Actuaciones” en *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gros, A. E. (2016). Judith Butler y Beatriz Preciado: una comparación de dos modelos teóricos de la construcción de la identidad de género en la teoría queer. *Revista Civilizar Ciencias Sociales y Humanas*, vol. 16, 245-260.
- Guber, R. (2004). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo* . Buenos Aires: Paidós Iberica.
- Hardy, E., & Jimenez, A. L. (2001). Políticas y estrategias en salud pública. Masculinidad y género. *Revista Cubana de Salud Pública*, Vol. 27, 77-88.
- Hernández, C. A. (2014). *Historias de familia: etnografía delirante sobre el amor, la violencia y las drogas*. Bogotá: Universidad del Rosario.
- Hernández, D. (2014). *Un vaso de agua bajo mi cama. Inmigración, feminismos y bisexualidad*. Rey Naranjo Editores.
- Kalifa, D. (2018). *Los bajos fondos. Historia de un imaginario* . Instituto Mora.
- Lagos, C. E. (2017). Manifestaciones sociopsicológicas del carácter frente al consumo compulsivo de bazuco . *Cultura y Droga Vol. 22*, 119-141.

- Mead, M., & Bateson, G. (1977). On the use of the camera in anthropology . *Studies in the Anthropology of Visual Communication* , Vol. 4. (2), 78-80.
- Meikle Noel, M., Urbanavicius , J., Prunell, G., Umpierrez, E., Abin-Carriquiry, A., & Scorza, M. C. (2009). Primer estudio pre-clínico de la acción de pasta base de cocaína en el sistema nervioso central. *Revista de Psiquiatría de Uruguay No. 73*, 25-36.
- Ministerio de Justicia y del Derecho, - Observatorio de Drogas de Colombia y Ministerio de Salud y Protección Social. (2013). *Estudio Nacional de consumo de sustancias psicoactivas en Colombia*.
- Morales, I. G. (19 de Diciembre de 2018). Tráfico y consumo de drogas, el mayor flagelo de Colombia. *El Espectador*.
- Morcillo, S., Rodrigo, C., & Montoya, C. (2004). Normalidad y anormalidad en torno al consumo de drogas. *VI Jornadas de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires*, 1-21.
- Moreno, M. (2018). *Enfermería cultural: una mirada antropológica del cuidado*. Madrid: Garceta.
- Organización Mundial de la Salud (OMS) . (1994). *Glosario de términos de alcohol y drogas*. España: Ministerio de Sanidad y Consumo, centro de publicaciones.
- Pautassi, L. (2016). Del "boom" del cuidado al ejercicio de derechos. *Sur 24, Vol. 12, n. 24*, 35-42.
- Pérez, M. E. (2017). La familia: Desde lo tradicional a lo discutible . *Rev Nov Pob, vol. 13, n. 26*, 58-68.
- Pineda Duque, J., & Otero Peña, L. (2004). Género, violencia intrafamiliar e intervención pública en Colombia. *Revista de Estudios Sociales No. 17*, 19-31.
- Pineda, J. (2019). Trabajo de cuidado: mercantilización y desvalorización. *Revista CS*, 111-136.

- Pineda, V. G. (1969). *Familia y cultura en Colombia*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Plazas, D. E. (2013). El barrio Santa Fe de la ciudad de Bogotá, y el cambio en los patrones de uso. Bogotá D.C., Colombia.
- Ramírez, G. C. (2015). La fotografía como registro antropológico. Aproximaciones, alcances y limitaciones de la imagen fotográfica como fuente y representación de la otredad. *Margen No. 77* , 1-6.
- Restrepo, E. (2016). *Etnografía: alcances, técnicas y éticas*. Bogotá D.C.: Envién Editores.
- Secretaría de Salud . (2010). *Consumo de alcohol de sustancias Psicoactivas en Bogotá, D.C Síntesis del Estudio Distrital sobre consumo de sustancias psicoactivas*. Bogotá D.C.
- Tepichin, A. M., Tinat, K., & Gutierrez, L. E. (2010). *Los grandes problemas de México. Relaciones de género.* . México DF: El Colegio de México.
- UNICEF. (2016). *Harnessing the Power of Data for Girls. Taking stock and looking ahead to 2030*. New York: United Nations Children’s Fund (UNICEF).
- Vallejo Jimenez , G. A., Hernandez Rios, M., & Posso Ramirez, A. E. (2017). La capacidad jurídica de las personas con discapacidad en Colombia y los nuevos retos normativos. *CES Derecho, vol. 8, n. 1*, 3-21.
- Villalobos, L. B. (2010). Drogadicción, farmacodependencia y drogodependencia: definiciones, confusiones y aclaraciones. *Cuicuilco, Vol. 17, n. 49*, 61-81.

Anexos

Situaciones de consumo

Al uso o adicción a las drogas se le ha llamado comúnmente *drogadicción*, pero debido a la carga peyorativa que significaba señalar a alguien como drogadicto, se le conoció después y en términos científicos como *farmacodependencia*, es decir, dependencia, tanto física como psíquica a los fármacos de los cuales se abusa. En Europa se adoptó el término de *drogodependencia* en un intento por sintetizar las dos anteriores definiciones en una palabra que para muchos termina también teniendo una carga negativa (Villalobos, 2010)

La Organización Mundial de la Salud, OMS, prefiere llamarle abuso o consumo excesivo de sustancias psicoactivas, lo que se define como “un modelo desadaptativo de uso de una sustancia psicoactiva caracterizado por un consumo continuado, a pesar de que el sujeto sabe que tiene un problema social, laboral, psicológico o físico, persistente o recurrente, provocado o estimulado por el consumo o consumo recurrente en situaciones en las que es físicamente peligroso” (Organización Mundial de la Salud (OMS) , 1994)

Para la OMS, la adicción es una enfermedad tanto física como mental y emocional. Además, el abuso de drogas puede generar otras enfermedades como la depresión, esquizofrenia o ansiedad, hasta alteraciones cerebrales y cognitivas. El consumo excesivo o sin control puede provocar daños físicos, psíquicos, afectivos, psicológicos y sociales para el consumidor y su ambiente próximo o lejano.

La Asociación Psiquiátrica Americana (APA) manifiesta que los diferentes trastornos mentales relacionados con sustancias se pueden dividir en dos grandes grupos, por un lado, aquellos que son consecuencia de los efectos fisiológicos directos de las drogas o sus derivados sobre el sistema nervioso central, y, por otro, los que tienen que ver con la relación de la persona con el consumo, es decir, su relación abusiva y dependiente, que genera ansiedad, depresión y ciertas acciones involuntarias cuando la persona está bajo los efectos de la sustancia (American Psychiatric Association, 2013).

Los riesgos para la salud (riesgos sanitarios), debido al consumo, incluyen una exteriorización del estado físico, la complicación de ciertas enfermedades, algunas muertes prematuras y los riesgos para la vida cotidiana (riesgos sociales), entre los que se encuentran, el incumplimiento de las “obligaciones” laborales, académicas, personales y familiares.

En Colombia, el consumo de sustancias psicoactivas se considera como una problemática de salud pública. Según Gloria María Borrero, ex ministra de Justicia, Colombia presenta un problema creciente de consumo de sustancias psicoactivas, que afecta especialmente a niños y jóvenes (Morales, 2018).

Según Berruecos (2005), las drogas siempre han estado presentes en mayor o menor medida en la historia y cumplen funciones diversas. “A veces sirven para cohesionar a los individuos... en ciertas ocasiones, solidifican una relación social o sellan un pacto financiero... para evadirse de la realidad o para acercarse a Dios” (pág. 67).

En este sentido, Berruecos propone que el consumo de sustancias adictivas es un problema que debe abordarse desde la perspectiva cultural, entendiéndola como los patrones y creencias, costumbres y formas de vida de un grupo.